

JORDI SIERRA I FABRA

LA ISLA
DEL POETA



Siruela

JORDI
SIERRA I FABRA

La isla del poeta



Ediciones Siruela

[PRELUDIO](#)

[NOCHE](#)

[MAÑANA](#)

[Créditos](#)

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

La isla del poeta

*A Sara Moreno Valcárcel,
mi isla amiga*

PRELUDIO

CAPÍTULO 1

La vida llama.
No le cierres la puerta,
sin preguntarle.

Fue la primera visión de la isla lo que le acabó de robar el aliento.

Un punto lejano que iba acercándose a ella desde la distancia abierta en aquel mar tan súbitamente plomizo y airado.

—¿Es ésta?

El pescador sumió en ella su ya habitual mirada de ojos cansinos.

—Sí, señorita. Ésa es.

Ya no había otra, y se dirigían recto a su encuentro.

Estudió aquella mancha todavía difusa, apenas un promontorio oscuro en mitad del horizonte. Parecía redonda, pero sabía que no lo era. Parecía muy pequeña, pero sabía que era mayor de lo imaginado, aunque resultase igualmente diminuta. Y parecía perdida.

Muy perdida.

La había estudiado en Google Maps, acercándose al máximo a su contorno en forma de habichuela. Conocía su perfil, la ubicación del pueblo, el embarcadero, las playas, la casa...

La barca dio un bandazo al chocar con una ola más encrespada que las demás. Un golpe brusco, seco. La fina llovizna levantada por el impacto le azotó el rostro,

lo mismo que un vaporizador refrescante. Apenas si cerró los ojos un instante. Quería embeberse de todo, especialmente del camino.

Allí estaba su Ítaca personal.

Y ese camino quizás fuese lo más importante.

Desde la salida de Cartagena de Indias, a lo largo de aquella hora y media, habían rebasado ya varias islas, algunas grandes, otras relativamente pequeñas, y muchas convertidas en meros islotes sobre los que se asentaban singulares construcciones de madera. Casas sin puertas o sin ventanas, libres, extraordinariamente peculiares. Su visión desde el mar les confería un aspecto inquietante, misterioso, y también sorprendente. Era como si se hubiera producido una inundación y a ras de agua sólo quedaran las edificaciones más altas, porque desde lejos la base no era visible. Algunas se sustentaban únicamente sobre un puñado de rocas. La imagen resultaba insólita por única. Y no se trataba de una o dos, sino de muchas.

Muchas personas viviendo aisladas.

Realmente aisladas.

—No todas están habitadas siempre —le había dicho su guía marítimo—. Algunas pertenecen a hombres ricos de Cartagena de Indias, o de Bogotá. Otras se alquilan, o se venden.

Comprar una isla.

Sonaba a fantasía.

Un nuevo golpe contra el agua. No sabía si el viento que azotaba su rostro era producido por la carrera de la barca, impulsada por su motor, o si se trataba del viento que preludiaba la tormenta. Las nubes que les envolvían eran amenazadoras, pero todavía no había oscurecido tanto como para que fuesen negras del todo. Eran nubes hermosas, densas, apretadas. A lo lejos, a su izquierda, sí llovía. La cortina de agua bajaba en diagonal hacia la superficie del mar.

Como si sintonizara con su pensamiento, el pescador miró al cielo, cada vez menos luminoso, cada vez más sombrío.

Su rostro era severo.

—Se lo dije, señorita.

—Sí, ya.

–Una hora más y no habríamos podido llegar.

–¿Tan feo se va a poner?

–Sí.

–Parece como si aquí nunca fuera a pasar nada.

–Pues ya verá –movió la cabeza de arriba abajo con vehemencia.

Estaba allí, con la isla recortándose en el horizonte. Aunque los cielos se abrieran, estaba allí.

Era la única razón a la que atendía su embotada mente.

Se le aceleró el pulso.

–Sujétese –la previno el barquero por tercera o cuarta vez.

Lo hizo. Se aferró a la barca con mano de hierro, pero no dejó de mirar en dirección a la isla. No llevaba chaleco salvavidas. Aquélla no era una embarcación turística. Aseguró la mochila entre sus piernas y la protegió un poco más. Si llovía daría igual, acabarían empapadas, mochila y ella, pero ahora de lo que se trataba era de impedir que las gotas que la salpicaban, los bandazos del agua o la espuma levantada por la quilla de la barca la mojaran aún más de lo que lo estaban haciendo.

Las olas crecían, igual que si una mano invisible las agitara por debajo.

En los siguientes minutos, a medida que se acercaban a la isla, permaneció callada.

Lo hicieron por el sur, por la parte más delgada de la habichuela. El pueblecito quedaba justo al otro lado, al norte. La embarcación enfiló la parte izquierda para rodear aquel contorno arbolado y ella casi suspiró, como si el detalle fuese importante. La casa quedaba de ese lado, próxima a una playita apenas vista desde el aire, por lo menos según la toma de Google Maps. La vegetación formaba una tupida masa verde, cerrada, como si los árboles y las plantas se disputaran cada metro cuadrado del lugar. Las palmeras, agitadas por la brisa de la tempestad que se avecinaba, dejaban que sus palmas se estremecieran lánguidas siguiendo la dirección del viento.

Una vez había estado en el Caribe, en Varadero, y el sonido de esas palmeras estremecidas por el viento se le antojó música celestial. Pasó horas bajo ellas, arropada por su magia.

Palmeras igual que aquéllas.

La isla quedó a unos metros, finalmente.

Apenas unas brazadas.

En la orilla el mar sí era azul. Pasaba del tono oscuro al verde esmeralda que rodeaba la isla y alcanzaba la tierra convertido en una intensa transparencia del color del cobalto, o del cielo en un día luminoso. Un azul que invitaba a la zambullida, porque, pese a la inminencia de la tormenta, el calor era fuerte, pegajoso y húmedo.

¿Quién podía olvidar la sensación paradisíaca que transmitía el sueño caribeño?

El corazón le latió con fuerza de pronto, al verla por primera vez.

La casa.

Recortada entre las palmeras de su pequeña playa, los árboles del interior y la vegetación caótica y exuberante que lo dominaba todo.

Era de madera, no muy grande, cuadrada, simple y carente de lujos. Tan vieja que parecía abandonada. Las ventanas estaban cerradas, probablemente a causa del viento. No divisó la puerta hasta unos metros más allá, tan cerrada como ellas. Ningún movimiento.

Sí, parecía muy vieja.

Y sobre todo solitaria.

Hizo la pregunta, sólo por curiosidad, por conocer la respuesta del hombre que la guiaba hasta su destino a través del mar. Y también para romper el silencio interior y escuchar su propia voz.

—¿Quién vive ahí?

—Nadie.

—¿Nadie?

—No, nadie. Pero no se acerque.

—¿Por qué?

El barquero se encogió de hombros.

—No se acerque —se limitó a insistir.

No le respondió.

Volvió el silencio.

La casa quedó atrás, oculta por la vegetación. La barca rodeaba la isla por la parte

más larga, la que formaba el lado convexo de la habichuela. El viento debía de azotar por la otra parte porque allí las aguas estaban más calmadas.

Finalmente, pese a que el tiempo había dejado de contar desde el instante de ver su destino, las primeras construcciones del pueblecito se hicieron realidad frente a sus ojos iluminados.

Fin del viaje.

La barca aminoró su velocidad.

CAPÍTULO 2

Ese suspiro,
a mitad del camino,
qué bien me sabe.

Las casas quedaban muy diseminadas y eran humildes. O más bien debía de ser consecuente y llamarlas directamente pobres. La vida se hacía en el exterior tanto o más que en el interior. Calderos humeantes, ropa tendida que las mujeres ya recogían para evitar que el viento y la tormenta se la llevase, un enjambre de niños jugando con libertad, la mayoría desnudos en el caso de los más pequeños, suciedad amontonada por todas partes, restos de cocos rotos, palmas secas... Las embarcaciones se resguardaban en un puerto natural formado por rocas y protegido por un malecón de apenas diez metros de largo, suficiente para ampararlas correctamente.

Su barca enfiló hacia él, lo coronó y penetró en el puerto.

El motor dejó de funcionar.

Y mientras el silencio se hacía audible, su propia inercia la llevó directa al embarcadero, una serie de tablas unidas entre sí que se adentraban en el agua sostenidas por media docena de pilares, también de madera.

Los niños se aproximaban ya en tropel, al darse cuenta de que el pescador llegaba acompañado. Su curiosidad se disparó todavía más al reparar en ella.

Una mujer tan joven, cargada con una mochila, allí, en el fin del mundo.

—No se levante aún, señorita —la previno el hombre.

Los niños la esperaban en el embarcadero, apretados entre sí, mirándola sin disimulo y sonriendo. Eran una docena y media. Parecía asombroso que hubiera tantos. O tal vez no. La vida en una isla, y más en una isla como aquélla, debía de ser muy distinta a cuanto un europeo pudiera imaginar. Las noches llegaban temprano, los amaneceres pronto. Un universo entero de preocupaciones y problemas distintos a los de la mayoría.

También los hombres y las mujeres dirigían sus ojos hacia la recién llegada.

La barca se detuvo junto al embarcadero.

Una docena de manos quiso atrapar la cuerda que la amarrase. Una docena de manos quiso tomar la de la visitante para que descendiese de ella.

—Ya —le dijo el hombre.

—Gracias.

—No hay de qué. A sus órdenes. Que esté muy bien.

Le gustaba el habla colombiana. Frases como ésa, «Que esté muy bien», o el «¿Qué le provoca?» de los meseros en bares y restaurantes, o la dulzura en la forma de preguntar «¿Un tinto?» refiriéndose al café. En España todavía creían algunos que el castellano más correcto era el suyo. ¿Por qué no se daban una vuelta por Colombia, Perú, Ecuador, México, Chile, Argentina...?

Ya le había pagado antes de iniciar el viaje, así que le tendió la mano y se la estrechó a modo de despedida. El pescador le sonrió. Su sonrisa más amplia, y pese a todo nada espectacular, desde el instante de contactar con él. A fin de cuentas vivía allí, en la isla. Había sido una suerte encontrarle.

Puso un pie en el embarcadero, por sus propios medios, ignorando a los niños y los jóvenes que pugnaban por el honor de asegurar su primer paso. Les miró sin saber qué hacer y ellos la inundaron con su propio torrente de energía.

Una reina.

—¡Hola!

—¡Me llamo Juancho!

—¿Cómo le va?

—¿Quiere un guía?

Un guía.

—No, gracias —le dijo al último que había hablado, un chico de unos nueve o diez

años, piel tostada, cabello muy negro, cuerpo flexible y muy delgado, ojos vivos.

–¡Vamos, dejad a la señorita en paz! –les gritó el hombre que la había llevado hasta allí.

No le hicieron caso, así que tuvo que echar a andar seguida por ellos, a ambos lados, por detrás, por delante.

¿Debía de haber llevado consigo algunos caramelos? ¿Querían un puñado de pesos? No supo qué hacer.

Su sonrisa era ingenua.

A veces pensaba que seguía anclada en la adolescencia, ese universo difuso y confuso plagado de irrealidades abstractas y realidades amargas. ¿Cuándo terminaba una etapa de la vida y empezaba otra? Los trasvases no eran inmediatos. En su memoria, la ceremonia de la confusión todavía formaba una película cargada de emociones mezcladas y sentimientos atropellados.

Y a fin de cuentas era su primer viaje en solitario.

Las colonias infantiles o las excursiones de fin de curso no contaban.

Estaba sola de verdad.

Desde que había salido de casa.

–No tengo nada, lo siento –les dijo a los que la rodeaban.

Las niñas y no tan niñas eran hermosas, prematuramente desarrolladas en los casos de las mayores. Pronto serían madres, con quince o dieciséis años, porque allí la vida se precipitaba. Observaban su cabello largo, castaño, recogido con una pinza en la nuca, y su blusa suelta, de colores, sus pantalones vaqueros, de marca, lo mismo que sus zapatillas deportivas. Observaban sus labios y sus ojos. Quizás la encontrasen guapa. Lo era. Sabía que lo era. Una belleza mediterránea, libre y limpia, de piel suave y blanca. Y observaban los anillos plateados de sus manos, cinco en total, dos en la derecha y tres en la izquierda, lo mismo que los pequeños pendientes que jalonaban los lóbulos de sus orejas. Quizás se habrían interesado también por el *piercing* de su ombligo, un aro coronado por una pequeña piedra brillante. Los niños y no tan niños, por contra, le miraban directamente el rostro, la breve forma de sus senos disimulados bajo la holgura de la blusa, el trasero marcado por lo ceñido de sus vaqueros. No había nada erótico ni intencionado en esas miradas. O al menos eso le pareció. Pero la incomodidad se generalizó al darse cuenta de que no la dejaban, que tal vez se convirtiesen en su sombra.

Y necesitaba estar sola.

–Por favor... –se detuvo.

Algunas madres lo entendieron. Podían preguntarse qué estaba haciendo allí, pero lo entendieron. Era una intrusa en su mundo. Y, sin embargo, quisieron respetar eso.

–¡Niños!

–¡María Paula, Sergio, Diana...!

–¡Venid aquí!

La mayoría obedeció, a regañadientes. Otros lo hicieron por inercia, sin dejar de mirarla. Los dos últimos fueron un chico y una muchacha de apenas siete años. El chico era el que se le había ofrecido para ser su guía.

–Tenga cuidado con la tormenta.

–Lo tendré.

–¿Puedo acompañarla? –insistió.

–No, gracias –lo dejó claro con la determinación en el tono de su voz.

La niña miraba sus anillos.

Embelesada.

–Hasta luego –le pasó la mano por la cabeza.

Se apartó de ellos y enfiló el camino que la iba a alejar del pueblo. Pasó por entre las mujeres que atendían sus quehaceres domésticos y las saludó con un «buenas tardes». A los hombres que trabajaban aquí y allá, cortando palmas o reparando redes de pesca, lo hizo con sonrisas e inclinaciones de cabeza. Repartió unos y otras solícita y amable, como si les pidiera perdón por la intrusión, hasta que dejó atrás la última de las casas y se sintió parcialmente a salvo. Entonces la sonrisa desapareció de sus labios y retornó el pulso rápido de su corazón, el vértigo momentáneamente detenido. Sabía que la casa quedaba a la derecha, así que sus pasos parecieron llevarla a la izquierda, hacia la parte cóncava de la habichuela. No quería que nadie la observara, aunque allí, imaginó, todo se sabía, o se sabría tarde o temprano.

El camino la llevó en menos de diez minutos hasta la playa de la breve bahía del este, batida por un fuerte viento y por el oleaje que irrumpía en la orilla con inusitada violencia. Recibió el viento en la cara y cerró los ojos unos segundos. Cuando los reabrió vio pasar las diagonales lluviosas a lo lejos. Tres en total. El

cielo estaba absolutamente ennegrecido en su horizonte visual. Quizás la lluvia no llegase hasta allí.

Quizás.

Volvió la cabeza de pronto, para descubrir si los niños la habían seguido, y se alegró al comprobar que no era así.

Podía dirigirse a la casa.

Reemprendió el camino afianzando bien la mochila sobre su espalda. No había ninguna senda visible, así que tuvo que hacerlo a través de la cerrada maleza que, en algunos casos, le hizo el paso imposible. Dio uno, dos, tres rodeos, sin importarle en demasía apartarse de su rumbo. En su parte central la isla era estrecha, así que no tardó en llegar a su destino.

La casa.

CAPÍTULO 3

Un parpadeo.
Cierro y abro los ojos.
Todo es distinto.

Se detuvo al vislumbrarla por entre las ramas de los árboles.

Tan solitaria como en su primer descubrimiento, al verla desde la barca.

¿Dónde estaba él?

Probablemente dentro.

Probablemente.

Le quedaban apenas treinta pasos, pero de repente el plomo de sus piernas le impidió dar siquiera el primero.

Y se sentó en el suelo, en un hueco arenoso, agotada, con las rodillas quebradizas que se le doblaron incapaces de sostenerla.

La cabeza vacía.

La garganta seca.

Lo había hecho, y, sin embargo, todo lo anterior se le antojaba sencillo.

Como se mira a la Luna desde la Tierra, embelesada aunque impotente, miró la casa aplastada por todos sus miedos.

El tiempo dejó de contar.

Un minuto, una hora, una eternidad.

Seguía sin aparecer la lluvia, pero el cielo ya se había cerrado sobre su cabeza y la negrura confería a cuanto la rodeaba un halo fantasmal, igual que si un velo gris hubiera ocultado los colores vivos de la naturaleza. El viento no era fuerte, pero sí persistente, y se daba a ráfagas, como si jugara al escondite con los árboles. Un viento cálido que envolvía igual que un sudario. Más allá de la casa, el mar sí se había agitado hasta levantar olas que llegaban a la orilla con estrépito. Podía oírlas desde su posición, al acecho.

Esperando algo que no se produjo.

Si al menos pudiera verlo, un momento, saber que estaba allí.

Después de tantos años, de tantos sueños, de tanto imaginarlo, de tanto creer que era posible...

—Vamos, tía —se dijo a sí misma.

Permaneció inmóvil, atrapada, incapaz de reaccionar.

Hasta que le dolieron los ojos, porque la luz menguaba rápidamente, y tuvo que frotárselos con desespero.

—¿Qué te pasa? Como mucho te echará a los perros.

No parecía haber perros.

Sólo su fama, aquella leyenda negra...

Si empezaba a llover, y podía hacerlo de un momento a otro, sería peor. ¿Iba a llamar a la puerta empapada? Resultaría ridículo. No se trataba de un edificio en medio de una ciudad, o una villa a las afueras de un pueblo. Era una casita solitaria escondida en una isla minúscula, lejana y al otro lado del mundo. Y representaba exactamente lo que era: un refugio, una huida, un confín apartado de todo lo demás.

Eso sí lo sabía.

El largo viaje desde Barcelona se lo había demostrado.

La emoción le puso un nudo en la garganta y el nudo la obligó a incorporarse para que no la ahogara. Apretó los puños y se negó a pensar. El primer paso la liberó del resto.

—Ya —musitó para sí misma por tercera vez.

Pasara lo que pasara, estaba allí. Para lo mejor o lo peor, estaba allí. Su vida ya

había cambiado unos pocos años atrás, no dependía de lo que sucediese en los siguientes minutos para que de pronto las cosas fuesen distintas. La cita con el destino era únicamente un punto álgido, un plus. Kavafis tenía razón. El viaje, sólo el viaje. Ítaca siempre era la quimera final. Tenía que anclarse en su libertad para dar el último paso y llamar a la puerta.

La puerta.

De madera oscura, vieja, como arrancada de un naufragio y puesta allí sin que importase que no tuviera nada que ver con el resto, y con un pomo pero sin cerradura.

Estaba ante ella sin haber sido consciente de los pasos finales, a medida que la casa se acercaba y dominaba todo su horizonte final, porque mantenía esa sensación de que era el mundo lo que se movía a su alrededor, no su persona.

Levantó una mano.

Inundó sus pulmones de aire.

Y la dejó caer con fuerza sobre la madera una, dos veces.

CAPÍTULO 4

Todo este tiempo,
que fugaz se me escapa,
no lo retengo.

Expulsó el aire retenido en su interior cuando comprendió que al otro lado de la puerta no había nadie.

Eso la desconcertó.

Estaba en una isla, diminuta, de apenas un kilómetro de largo, sin muchos lugares a donde ir y con una tormenta en ciernes. Y llevaba mucho rato atisbando la casa oculta por la maleza.

¿Y si él no estaba allí?

¿Y si se encontraba justamente en Cartagena de Indias, por cualquier motivo, desde aprovisionarse hasta ver una exposición o citarse con alguien?

No, decían que no, que eso era imposible.

No veía a nadie.

Entonces...

—¿Hola?

Lo pronunció con tan poca fuerza que se vio obligada a levantar la voz:

—¡Hola!

El mismo silencio interior, mientras el del exterior se veía roto más y más debido

al creciente temporal, las olas en la cercana playa, el viento que se imponía haciendo que las palmas chocaran entre sí con su característico sonido. El vértigo de sus pensamientos contribuyó al caos.

¿Qué haría si él no estaba?

De hecho, la pregunta era la misma en el caso opuesto.

¿Qué iba a hacer si estaba?

Siempre impulsada, guiada por su instinto, y más en aquel caso, sin dejar un resquicio a la lógica. Las alternativas eran escasas.

Puso una mano en el pomo de la puerta y lo hizo girar. La entreabrió apenas unos centímetros, lo justo para introducir la cabeza y repetir la pregunta:

—¿Hola?

La misma respuesta.

Entreabrió la puerta un poco más.

Por primera vez contempló el mundo de Isaac Estruch. Un mundo reducido al pequeño continente de objetos que poblaban aquella estancia dominada por el orden a pesar del exceso, sobre todo de libros. Apenas si había mucho espacio. La cocina a la derecha, integrada en el conjunto, y dos puertas al frente, una cerrada y otra abierta a través de la cual se veía una cama.

Se le disparó el corazón y retrocedió, sintiéndose culpable.

Una sensación atroz.

—¡Eh! —gritó.

Una ráfaga de viento le alborotó el cabello.

No quería quedarse quieta. Prefirió moverse. Rodeó la casa por la derecha y atisbó ventana a ventana. La imagen interior fue la misma, sólo cambió la perspectiva. La puerta cerrada era la del cuarto de baño, con un plato de ducha, un inodoro y un lavamanos. Hasta allí había libros. Y más en la habitación, presidida por una cama grande, sin hacer, con un armario presumiblemente para la ropa instalado entre estantes y más estantes abombados por el peso de los volúmenes.

Completó la vuelta y se encontró de nuevo en la entrada principal.

Sin quitarse la mochila de la espalda optó por dirigirse a la playa. Quince metros hasta la arena, y otros cinco de suave pendiente hasta la orilla, batida ahora por la

furia creciente del temporal. El pescador que la había conducido a la isla tenía razón: media hora más y el trayecto hubiese sido una pesadilla a consecuencia del oleaje. A la izquierda vio un puertecito natural, formado por unas rocas en forma de herradura, y una barca relativamente pequeña varada en la playa, amparada por un grupo de palmeras cuyas copas celebraban la orgía del viento, alborozadas, con las palmas apuntando en una sola dirección: a la que él las batía con mayor fuerza.

Se acercó a la barca.

Nada.

Lo único que le quedaba era la casa, así que se olvidó de todas sus reconvenciones y miedos. De pronto se sintió más fuerte, más decidida, más firme de lo que habría imaginado minutos antes. Caminó bloqueando sus pensamientos para dejarse guiar por su impulso y se plantó en la puerta, que abrió sin más.

Luego se coló en el interior.

Cinco pasos, hasta quedar en el centro de aquella estancia.

Dejó la puerta abierta, por si tenía que escapar.

¿De qué?

Lo primero que le llamó la atención fue la ausencia de un televisor, un equipo de música, un lector de DVD o un ordenador. Incluso la ausencia de una radio. No los había visto tampoco al atisbar por la ventana de la habitación. Ninguna parabólica exterior delataba, por otra parte, la presencia del más elemental de los medios de comunicación de las últimas décadas.

Frente a la cocina, limpia, cuidada, quedaba una mesa, cuadrada, con dos sillas. Al otro lado, un sofá, viejo, cargado de libros, y una mesita baja no menos repleta de ellos. Las paredes estaban atiborradas con volúmenes amontonados. Algunos estantes no podían combarse porque, en el de abajo, había libros colocados en horizontal sobre los verticales que llegaban hasta ellos. Desde su posición, y pese a la oscuridad que avanzaba sobre el ambiente, leyó algunos títulos y nombres. No se sorprendió de que todos fuesen poemarios con autores tan diversos como notables: Keats, Wilde, Machado, Dylan, Joyce. Ninguna novela, ningún ensayo, ni libro de relatos o artículos, y mucho menos enciclopedias. Poemarios.

Allí, en aquellos segundos, la leyenda se acrecentó.

Ya no supo qué más hacer.

Tampoco fue necesario que lo pensara.

La voz sonó a su espalda, recia, dura, más dolorosa que amarga, más molesta que sorprendida. La voz de un hombre cuya silueta, mortecina por la débil luz, se recortó en el marco de la puerta.

Casi amenazadora.

—¿Quién eres tú?

CAPÍTULO 5

Desnúdate ya,
déjate el corazón.
Lo necesitas.

La última foto conocida se la habían tomado veinte años atrás. Desde entonces, nada.

Pero estaba igual.

Más viejo, sí; más canoso, sí; más de todo lo que acrecienta la vida y envuelve al ser humano con el paso de los años, sí.

Pero igual a fin de cuentas.

El cerebro se le vació de pronto. El estómago se le encogió. Las rodillas volvieron a doblársele como minutos antes, en su espera cerca de la casa. Se quedó sin habla, sin reflejos, con los músculos adormecidos, o mejor decir anestesiados. Volvió a ser la niña de quince años, que lloraba al leerle, y la adolescente de dieciséis o diecisiete, que soñaba con aquel momento. De un plumazo se le borró el resto, su equilibrio emocional, la madurez con la que había querido presentarse ante él.

Temió desmayarse.

—¡Te he hecho una pregunta!

Ahora sí se estremeció, porque la voz se convirtió en un trueno implacable, otra clase de tormenta mucho más física. Continuó quieta cuando él acabó de entrar

en la casa, incapaz de apartar sus ojos de aquella figura grande, enorme para sí misma. Isaac Estruch medía casi un metro ochenta, vestía una camiseta vulgar, que anunciaba un festival de cine en Cartagena de Indias, unos pantalones cortos, hasta las rodillas, y unas botas abiertas, sin calcetines. Sus ojos seguían siendo muy vivos, penetrantes, y la leve barba que lo cubría era mucho más blanca que el cabello, abundante y alborotado. Sus manos parecían las de un carpintero o un pescador. Manos fuertes.

Manos extrañas para un poeta.

O lo que quedaba de él.

–Lo... siento... –fue lo primero que atinó a pronunciar.

Lo cual era una estupidez. Y una mentira.

Porque de todos los sentimientos posibles, aquél era el único que no cabía en su realidad.

–¿Qué estás haciendo en mi casa?

–No quería... molestarle...

–¿Quién eres?

Lo tenía ya delante, a menos de dos pasos. Tuvo que levantar la cabeza un poco, para suplir la diferencia de su metro sesenta con respecto a la envergadura del dueño de la casa. Buscó la forma de parecer natural sin encontrarla. Natural y tranquila.

–Me llamo... Isa.

–No te he preguntado tu nombre, sino quién eres.

Sus ojos la atravesaban, le hacían daño.

–Nadie... Yo...

–Entonces vete –se apartó para que ella pudiera caminar hasta la puerta.

No lo hizo.

–Escuche...

–Te he hecho una pregunta y no la respondes. ¡Así que largo!

Si salía por aquella puerta no volvería a entrar, perdería su oportunidad. Habría recorrido diez mil kilómetros para nada. Dijo lo primero que se le ocurrió.

–¿Podría darme un vaso de agua?

¿Por qué mentía?

¿Por qué no empezar con la verdad?

Se sintió tan estúpida como aturdida.

—¿Agua? —puso cara de no creérselo—. ¿Quieres agua?

—Sí.

La mirada se hizo más aguda. Se concentró en sus ojos de niña asustada. Isa la sostuvo como pudo. Notaba aquel fuego en su interior, en su mente. Le dolía el pecho.

Isaac Estruch soltó un bufido, pasó junto a ella, alcanzó la cocina con tres zancadas y le llenó un vaso con agua. Luego se lo tendió. Isa lo tomó con las dos manos, como si temiera no poder asirlo o que su contenido se desbordara. Por lo menos sí tenía la garganta muy, muy seca. Bebió un sorbo breve, luego otro más largo. Finalmente apuró el vaso, hasta la última gota. En ningún momento apartó los ojos de los del hombre que la dominaba con su enfado y su distancia.

Ni un atisbo de cordialidad.

Diez mil kilómetros para beber un vaso de agua...

Si le decía la verdad la echaría a patadas. Si no lo hacía, lo haría igual. No había la menor diferencia.

—¿Por qué es así?

—¿Así, cómo?

—Antipático.

—¿Llego a mi casa, me encuentro a una extraña dentro, y he de ser simpático?

—Por lo menos...

—¿Por lo menos qué?

No podía decírselo así, sin más, de golpe. No le daría tiempo. No la escucharía. En cuanto supiese que sabía quién era y que estaba allí por ello, se terminaría todo. En el fondo ni siquiera estaba mentalizada para el encuentro. No había preparado nada. Comprenderlo tan tarde la desarboló.

Se quedó vacía.

Muerta.

—Ya has bebido tu agua. Deja el vaso ahí y vete.

Resistió las lágrimas. Hizo lo que le decía: dejó el vaso sobre la mesa presidida por las dos sillas. El único lugar sin libros. Con las manos libres, mecánicamente, asentó la mochila con un gesto habitual. La inmovilidad del hombre no dejaba ya margen para nada. Eso y el tono acerado de sus ojos.

Ella bajó los suyos, derrotada.

Dio un primer paso en dirección a la puerta.

Cuando estuvo en el quicio volvió a mirarle.

—Yo...

El silencio acabó de matar cualquier impulso.

Salió al exterior y la recibió una ráfaga de cálido viento. Más que la noche, todavía intuida tan sólo, la oscuridad provenía de la negrura del cielo. Parecía imposible que la tormenta no descargara todavía.

O quizás la tromba de agua esperaba el momento adecuado.

La puerta se cerró a su espalda.

—Ya está —suspiró abatida.

Y en su mente estalló la batalla.

«¿Ya está?»

CAPÍTULO 6

Hermoso libro,
aún me quedan tres lágrimas,
para acabarte.

Volvió la cabeza, miró aquella frontera que la separaba de su destino y, de pronto, hizo lo único que se le ocurrió.

Lo único que, quizás, en aquel momento, tenía sentido.

Recitó uno de aquellos poemas:

Los muros del silencio,
tienen puertas cerradas,
a ambos lados del vacío.
Tu grito es la llave.
Tu alarido, la descarga.
Que el sueño no te pese.
Los muros aplastan.

Sabía que él la estaba escuchando al otro lado de la puerta. Ignoraba su reacción, cuál sería su expresión. Pero la había escuchado. Su voz, aunque trémula, sonó fuerte, rabiosa.

Una llamada de auxilio.

La puerta no se abrió de nuevo.

Ningún sonido del otro lado.

Ahora ya no se rindió. La rabia le erizó el vello, la poseyó, se expandió por sus terminaciones nerviosas hasta apoderarse de su estómago y reventó en su mente. Un sinfín de luces de colores, a modo de castillo de fuegos artificiales, cubrió los recovecos de su ánimo. Apretó los puños.

Recitando aquel poema ya se había descubierto; por lo tanto, no le importó abrirse con una primera súplica:

—¡Por favor!

El mismo resultado.

¿Le hablaba del viaje? ¿Le contaba a través de la puerta, sin mirarle cara a cara, la verdad de su presencia allí?

¿Como si él no lo supiese, o lo imaginase?

Repitió su gesto, intuitivo, visceral. Se oyó a sí misma recitar un segundo poema con voz trémula aunque audible:

Siento rabia.
La furia de la tormenta
interior.
Lengua de fuego que me devora,
consume.
Rabia del tiempo perdido.
Rabia de tanta ausencia.
Cada luna es una noche que se ha ido.
Ningún sol te da calor,
bajo el hielo de la muerte.

No pudo terminarlo.

Rompió a llorar cuando la palabra «muerte» estalló en sus labios. Aquél había sido su poema favorito en el hospital. Aquél, por encima de todos. La rabia del texto era su rabia. La furia, la tormenta, el fuego, el tiempo que se le escapaba, la ausencia, las noches perdidas, los días de sol que no iban a volver y, finalmente, la presencia de la muerte, siempre ella.

Su poema de lucha y resistencia.

La rabia de negarse a sucumbir.

Se tragó las lágrimas y masticó su propia desesperación muy despacio. Pocas veces se había sentido más sola, más desamparada, más perdida en un mundo hostil. Quizás fuese el cansancio del viaje, el cambio de horario, aunque hubiese llegado a Cartagena el día anterior y hubiera dormido toda la noche, o quizás el hecho de sentirse «aislada» en aquel rincón perdido, bajo la inminencia de una tempestad que prolongaba su descarga. Muchos «quizás» y una sola realidad.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Y ella lo hizo resbalando por el quicio de la puerta, con la espalda y la mochila apoyados en la madera, hasta quedar sentada en el suelo.

—Por favor... —gimió sin apenas voz.

Se abrazó a sí misma hasta que los segundos se hicieron cadencia. Sesenta, ciento veinte, ciento ochenta. Cada latido de su corazón, poco a poco acompasado, le marcaba la cuenta final. Levantó los ojos al cielo y contempló las palmeras oscilando de un lado a otro, hermosas, libres. Ningún vendaval podía con ellas. Habían nacido para resistir.

Resistir.

—¿Qué esperabas? —susurró.

Las leyendas a veces eran ciertas. Ella conocía su historia, su reputación, la manera en que había echado a patadas al último periodista que lo intentó, su forma de despreciar al mundo, su empeño en apartarse de él, la distancia insalvable exigida para no ser molestado, hasta convertirse en un ermitaño, un nuevo Robinson Crusoe voluntario. Lo conocía todo y más.

Así que ¿quién era ella para aspirar a tanto?

Nadie.

Pero no iba a irse.

Ya no.

—Me da igual que estés loco —apretó las mandíbulas, vehemente—. Que lo estés o que te lo hagas. Voy a quedarme aquí hasta que... —acabó de estallar—: Eres tú, joder, ¡tú!

Él.

Loco o no, iconoclasta, único, especial, maravilloso, agrio, descarnado, vivo...

Se le ocurrían tantos adjetivos.

Cerró los ojos y continuó llorando, liberando toda la tensión acumulada, recuperando viejas sensaciones de niña asustada. Pocas veces en la vida se había sentido mejor, y, al mismo tiempo, pocas veces se había sentido tan mal. Acababa de verlo, cara a cara. Pero estaba más lejos de él ahora que cuando se encontraba en España. Una simple puerta la separaba del hombre que lo cambió todo, en su corazón, en su alma, en su mente. No bastaba con verlo. Necesitaba más.

Mucho más.

Y entonces, justo cuando se secaba los ojos anegados en lágrimas con la palma de la mano izquierda, la puerta volvió a abrirse.

CAPÍTULO 7

Adolescente,
movida por mil juegos,
abrásate.

Se levantó de un salto. No sabía si él iba a hablarle o a golpearla, si la arrastraría hasta más allá de su propiedad o...

¿O qué?

Se encontró con sus ojos fríos, molestos y cansados. Ojos tallados en una piedra de naturaleza desconocida, al menos para ella. Quizás la piedra con la que se forjaban los genios, los seres pertenecientes a otra dimensión.

Seres atrapados en un cuerpo y un mundo ajeno.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve.

—Dios... —mostró el efecto que su respuesta le causaba, movió la cabeza de lado a lado, hundió los hombros.

Se vino abajo por momentos.

—He venido desde Barcelona...

No la dejó terminar. Levantó su mano derecha, autoritaria, brusca.

—No quiero saberlo.

—Pero...

–Es tu problema, niña.

–¿Por qué es mi problema?

–Eres mayor de edad. Si has llegado hasta aquí, de igual forma sabrás irte.

–Sólo quiero...

–Sé lo que quieres –la interrumpió por tercera vez, acorralándola, cercenando todas sus posibles alternativas.

–No, no lo sabe.

Su serenidad, repentina, y el tono de voz con el que acababa de decirle aquello lograron que él se tomara su tiempo. Apenas dos, tres segundos antes de responder:

–De acuerdo, no lo sé. Ahora vete.

–No.

–¿No?

Lo reafirmó con su gesto, seco, llevando la cabeza primero a la derecha y después a la izquierda antes de volver a la pose inicial, firme y decidida. Su única transgresión corrió a cargo de sus ojos, que pugnaban por mantenerse serenos.

–¿Sabes lo que pareces?

–Sí.

Se lo dijo igualmente.

–Una niña tonta. Eso es lo que pareces.

–Era normal hasta hace un rato.

–¿Así que soy yo?

–¿Por qué no...?

–¿Quieres que te lleve a rastras hasta el pueblo y te eche al mar? O aquí mismo – señaló su playa–. Más corto y menos cansado.

–¿Lo haría?

Alzó las cejas y dio un paso hacia ella. Isa retrocedió dos. En su rostro leyó la determinación. No le importaba que fuese una mujer, ni siquiera que fuese una mujer joven. Los años le habían vuelto peor.

Isaac Estruch se detuvo.

Lanzó un suspiro.

Musitó algo y luego dio media vuelta para volver a meterse en su casa.

La puerta no llegó a cerrarse.

Se lo impidió el recitado de aquel tercer poema, del que sólo consiguió articular los tres primeros versos:

Puede que el viento te hablara de mi soledad.

Puede que me vieras pasar, hambriento de compañías,
atrapado y vencido por los miedos de lo cotidiano.

El hombre se cruzó de brazos y chasqueó la lengua antes de que iniciara el cuarto verso.

—Te has aprendido un par de mis poemas, de acuerdo, ¿y qué?

—Los sé todos.

—¿Todos?

—De memoria, sí.

Ahora forzó una sonrisa envuelta en sarcasmo.

—¡Lo que me faltaba: una fan!

—No soy una fan.

—¿Ah, no? —la apuntó con la barbilla—. Mírate: diecinueve años y cruzas medio mundo para venir a verme. ¿Cómo llamas tú a eso?

—Respeto.

—Si me respetaras no vendrías a molestarme. Imagínate que diez, veinte o cincuenta como tú hicieran lo mismo.

—¿Acaso han venido diez, veinte o cincuenta como yo?

El silencio fue espectral. Muy a lo lejos, el sol se ponía por encima de las aguas provocando una claridad póstuma que los iluminaba de refilón. Las nubes seguían siendo muy negras por encima de sus cabezas, pero allá, en la distancia, persistía la esperanza de la luz.

El mundo les daba una vuelta gratis cada día.

–No estoy loca, ni soy una fan –reveló Isa–. Usted me salvó la vida.

–No seas ingenua, niña –barbotó con acritud.

–Lo hizo.

–La gente se salva a sí misma. A veces ni siquiera necesita un acicate.

–Lo hizo –quiso insistir.

–Eso no me hace responsable de ti.

–Pero necesitaba decírselo –extendió los brazos hacia abajo, a lo largo del cuerpo, y abrió ambas manos con desamparo, mostrándose más desnuda que si se hubiera quedado sin ropa.

–Ya me lo has dicho. Ahora vete.

–No he cruzado medio mundo, como dice, para irme sin más.

Isaac Estruch frunció el ceño.

Ella esperaba cualquier cosa menos aquello.

–¿Quieres acostarte conmigo?

–¡No! –gritó.

–La mejor forma de destruir el mito es hacerlo carne.

–¡No quiero destruirlo, ni pienso que sea un mito! ¡Sólo quiero hacerle una pregunta!

No la estaba invitando a continuar, pero tampoco acababa de meterse en su casa para cerrar aquella puerta que, probablemente, ya no volviese a abrirse para ella.

El silencio cubrió de expectativas el abismo abierto entre los dos.

–¿Por qué dejó de escribir?

CAPÍTULO 8

Mis sueños pasan.
Mis esperanzas quedan.
Todo se mueve.

La pregunta flotó entre los dos, ingrávida.

Ligera como una pluma en sus labios, pero también pesada para él.

Isaac Estruch era ahora una máscara.

–Usted tenía el don.

–Dios, qué ingenua eres –sonrió con un primer atisbo de paternalismo.

–¡Lo tenía y lo tiene, estoy segura!

El hombre hizo una mueca amarga.

–¿Has venido a rescatarme?

–No.

–Eres periodista, ¿verdad?

Isa acusó el impacto.

–¡No!

–Pero estudias periodismo.

–Tampoco.

–Entonces...

–Quiero escribir.

–¿Poesía?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque la siento aquí –se llevó la mano al corazón.

–Entonces nunca serás poeta –recuperó su tono adusto–. La poesía se siente aquí –se golpeó el estómago con el puño cerrado.

–Ayúdeme.

–¿Estás loca? –se envaró.

–Todo genio tiene la obligación de pasarle a alguien...

–Espera, espera, ¿de qué estás hablando?

–No puede morirse aquí el día menos pensado sin haberle dado al mundo una respuesta, una explicación, o un legado.

–Oye, niña –la atravesó con sus ojos de fuego–. Yo puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Una respuesta? ¿Acaso el mundo me ha hecho alguna pregunta? ¿Una explicación? ¿Desde cuándo la vida tiene un manual que exige que demos cuentas de nuestros actos a los demás? Y lo del legado... Romántica perdida, ¿verdad? Eres de las que llora viendo un telediario cargado de muertos y cree en los sueños, la utopía.

–Está amargado.

–No seas infantil, por favor. Me has llamado genio. ¿De veras crees que lo soy por haber escrito un puñado de poesías? ¿Me confiere esto algún tipo de poder especial? ¿Soy un chamán que ha de traspasar sus conocimientos a su discípulo en la tribu? ¿Qué tribu? Y ahora encima me llamas amargado –llegó a esbozar una sonrisa irónica–. ¿Tanto te cuesta, a tus diecinueve años, creer que ésta es mi vida y que la vivo de acuerdo con lo que siento? Precisamente a tu edad deberías entenderlo mejor que nadie.

–¿Qué sucede con mi edad?

–Sólo a los dieciocho o diecinueve años se le ocurre a alguien cruzar el mundo para ver si su fantasía es real.

–Usted no es una fantasía.

–Lo soy en tu cabeza.

–Dice que debería entenderlo mejor que nadie y no puedo.

–Es tu problema.

–Escuche, sólo necesito...

–Vamos, ¡vamos! –la cortó de plano–. ¿Te estás oyendo a ti misma? ¿Necesitar? ¡Lo único que se necesita para escribir, poesía o una novela, es el deseo de querer hacerlo! ¡No hay más! ¡Deseo! Y el deseo no puede dártelo nadie, lo tienes o no lo tienes. Si lo tienes, perfecto. Si no, dedícate a otra cosa. El deseo es lo que nos mueve, lo que nos obliga a amar, comer, vivir.

–Entonces usted lo ha perdido.

–¡Increíble! –abrió unos ojos como platos.

–¡Lleva años apartado del mundo! ¡Es tan absurdo que...!

–Nadie te ha dado un par de buenos cachetes, ¿cierto?

–No me trate como a una niña, por favor –hizo un gesto doloroso.

Su vehemencia. Su maldita vehemencia. Acababa de meter la pata. Estaba logrando hilvanar un diálogo con él. Aunque pareciese más una pelea, en cierta forma lo estaba logrando. Isaac Estruch continuaba allí, en el quicio de la puerta de su casa, sin cerrársela por segunda vez. Había conseguido que por lo menos pronunciara más de una docena de palabras seguidas.

–Anda, vete antes de que sea tarde –inició la retirada descruzando los brazos que mantenía unidos a la altura del pecho.

–Ya es tarde –le recordó ella–. Ninguna barca se hará a la mar con este temporal, y menos me llevaría a Cartagena de noche, aunque todo estuviese en calma.

–Es tu problema.

Un paso hacia atrás.

La mano en la madera de la puerta.

La primera gota de lluvia le cayó a Isa en la frente.

–Una hora, por favor.

–Vete.

–Mañana por la mañana. Sólo una hora.

Ya no hubo palabras.

Tampoco un portazo.

La hoja de madera se cerró con suavidad, ocultando tras de sí la imponente figura del hombre, el poeta, el mito.

Todo unido, convergiendo en una imagen que desapareció al otro lado de aquella frontera.

Un universo a miles de años luz de distancia.

CAPÍTULO 9

Pasan mil nubes.
Cuando una se detenga,
lloverá vida.

Cayeron otras dos gotas de lluvia.

La primera en su nariz, la segunda en su mano.

No le iba a dar tiempo a llegar al pueblecito. Decían que en el Caribe las tormentas eran rápidas y fuertes. Y aunque llegara, tampoco tendría dónde guarecerse, a no ser que alguien la dejara entrar en su casa, cosa que no deseaba.

Necesitaba soledad, silencio.

Contempló la cabaña con una mezcla de resentimiento y dolor, desesperación y furia. Ya no podía hacer nada más, pero odiaba resignarse. Quizás algún día recordase los acontecimientos con otra perspectiva, tal vez llena de orgullo por su valentía, tal vez inmersa en la vergüenza por su desesperado arrojó, pero en este momento lo que la dominaba era la impotencia.

Tan cerca. Tan lejos.

Más gotas, en su cabeza, su cuerpo, picoteando el suelo a su alrededor.

La única vez que se resignó a algo, también la última, estuvo a punto de morir. Tiró la toalla. La salvación, in extremis, fue un milagro propiciado por la más inesperada de las tablas. Aquel libro había significado la vida, el renacer, las ansias de pelea.

Tampoco iba a resignarse ahora.

Isaac Estruch tendría que llevarla a rastras al pueblo, o echarla al mar por su playa. A fin de cuentas, en la isla no había nada, y mucho menos policía. Ni siquiera tenía teléfono para avisar a alguien.

Las gotas ya lo salpicaban todo, y eran muy gruesas.

Caminó unos metros, apenas una decena, y cuando creyó que, más o menos, estaba fuera de «los límites» de la propiedad, si es que allí existía eso, buscó un pedazo de tierra llano y se sacó la mochila de la espalda. Se arrodilló, la abrió con manos rápidas y expertas y extrajo de ella la tienda de campaña.

Era pequeña, unipersonal y funcional, de las que bastaba con arrojar al aire para que cayera ya desplegada sobre el suelo. La fijaba, se metía dentro y cerraba. Podía caer la peor de las tormentas que allí dentro ella estaría seca y segura.

Para cuando hubo completado todo el proceso, la lluvia mantenía su progresión imparable y el viento había arreciado de manera más y más descontrolada. Antes de colarse en el interior de la tienda volvió la cabeza para dirigir una mirada final a la casa. Por un momento creyó ver un signo de vida en una de las ventanas, como si él la vigilara o espiara. Fue muy rápido. Tal vez su propia ansiedad. Una tenue luz confería a las dos ventanas que flanqueaban la puerta la sensación de ser unos ojos vivos pero al mismo tiempo muertos. Isa suspiró, subió la cremallera y se quedó sentada, con las piernas subidas, la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos rodeándose las piernas. La oscuridad que ya se cernía sobre el exterior la atrapó allí dentro igual que de niña se sobrecogía cuando sus padres la dejaban sola en su habitación, con la luz apagada.

—¡Maldita sea! —rezongó.

No podía culparle a él. Ni podía culparse a sí misma. Las cosas eran como eran. Si Isaac Estruch hubiera sido una persona normal, ella no estaría allí.

Él jamás habría escrito aquellos poemas.

Y probablemente estaría muerta.

Se estremeció.

Iba a ser una noche muy larga, una noche tenebrosa, de las que dejan huella. La tormenta tanto podía ser breve como extenderse hasta el amanecer, durar una hora, dos o cinco. Llevaba una linterna en la mochila, pero no la encendió. Llevaba algo de comida, unos paquetes de galletas, para emergencias, un poco de chocolate y también dos panecillos y unas bolsas de cacahuets robadas del avión

el día anterior, pero no tenía hambre. Ni sed porque acababa de beberse un vaso de agua. Continuó tal cual, quieta, como mucho meciéndose hacia delante y hacia atrás.

Un trueno retumbó en la distancia.

Y luego otro.

Un rayo iluminó el exterior, precediendo a un tercer crujido celestial que la hizo estremecer.

La tierra tembló.

–¡Mierda!

Volvió a sentir la furia, la ira poseyéndola de arriba abajo. Y con la furia, la rabia.

El peor de sus activos.

–¡Mierda, joder, mierda! –gritó.

No había hecho aquel largo camino para rendirse, desde luego. En la escuela la habían apodado *neckie*, derivado sui géneris de la expresión inglesa *peck in the neck*, que venía a ser algo así como «grano en el cogote». Antes de irse de la isla, quemaría sus últimas energías para conseguir hablar de tú a tú con él, de persona a persona, no de escritor a fan.

Fan.

¡Ella!

Cogió la mochila y, a oscuras, rebuscó en su interior hasta dar con su pequeña linterna. La encendió y se la colocó en la boca, para tener las manos libres. Luego extrajo su libreta y pasó varias páginas a toda velocidad para dar con el poema que quería. Arrancó la página, fue al final y, por si acaso, lo copió íntegro, pasando de hacer buena letra. En el reverso de la página arrancada había un tachón, un poema inconcluso y fallido, así que no tenía que preservar nada más. Cuando lo hubo terminado cerró la libreta, la guardó, e hizo lo mismo con el bolígrafo y la linterna.

Protegió la página bajo su ropa, para que no se mojara, y bajó la cremallera de la tienda de campaña.

En el exterior ya se había desatado el infierno en la tierra. Lo peor no era la lluvia. Lo peor era el viento. Soplaban huracanado, zigzagueante, con rachas cortas y violentas. Subió la cremallera de la tienda por si acaso, no fuera a arrancarla de sus fijaciones al colarse dentro de forma súbita. Luego echó a correr hacia la casa,

hacia la puerta flanqueada por aquellas dos ventanas iluminadas de manera débil.

No quiso mirar por ellas.

No quiso verlo, tan tranquilo, leyendo o preparándose la cena, mientras ella estaba casi a la intemperie.

Extrajo la hoja de papel de su protección, la cubrió con el cuerpo doblado sobre sí misma, y la deslizó por debajo de la puerta.

No esperó más.

Regresó a su cubículo a toda velocidad, más y más empapada, venciendo la fuerza del viento, y bastante hizo con bajar la cremallera, colarse dentro y subirla de nuevo justo antes de que un rayo iluminara el cielo, un trueno brutal lo conmoviera y el huracán estremeciese sus paredes de lona como si de un momento a otro fuera a arrancar la tienda de la superficie de la tierra.

CAPÍTULO 10

Mi pluma traza
palabras en el viento.
Simples ternuras.

Se desnudó, se quitó toda la ropa mojada, se secó con una toallita y se puso unos vaqueros y una camiseta. También unas zapatillas. El pelo le daba igual. No hacía frío. Seguía haciendo un calor pegajoso al que contribuía el viento cálido. De no ser por ese viento, los rayos y los truenos, habría salido al exterior desnuda para correr con libertad bajo la lluvia.

Libertad.

Extraña palabra, y más allí.

La libertad se construía con la piedra de los sueños y el cemento de la voluntad.

O de la resistencia.

—Vamos, no te dejes arrastrar por la depresión.

¿Por qué se sentía como en una cárcel?

¿Por qué pensaba que Isaac Estruch era prisionero de sí mismo?

Se llevó las manos a la cabeza y presionó sus sienes. No le dolía. Era la tensión. Tantas semanas preparando el viaje, tantas horas de vuelo, primero hasta Bogotá, con la suerte de que existía un trayecto directo de Avianca desde Barcelona, después el enlace cogido por los pelos hasta Cartagena de Indias debido al retraso del avión, la noche en la pensión, agotada, y finalmente la

búsqueda de alguien que pudiera llevarla hasta allí. Una isla no precisamente turística.

Sí, demasiada tensión.

La guinda, el encuentro con él.

Cogió por segunda vez la linterna, la libreta y el bolígrafo. Este último lo llevaba introducido en la espiral del lomo, para tenerlo siempre a mano. Colocó la linterna en el suelo, se tumbó boca abajo, abrió la libreta junto al haz luminoso y empuñó el bolígrafo. Su arma. Su bandera. Lo único que la tranquilizaba en momentos como aquél era escribir.

Aunque no siempre las ideas, las palabras, acudían a su mente.

—Estás a menos de veinte metros de él.

Se dejó arrastrar por aquella maravilla.

Lo había conocido. ¡Lo había conocido! Quizás no fuese, ni remotamente, como pudiera imaginar, pero allí estaba. Podía haber sido peor. Si no escribía el mejor poema de su vida estando tan cerca de él...

Dejó que su mano guiara aquel impulso.

Trenzó unas primeras palabras en la hoja de papel.

Se detuvo.

Esperó.

—¿Estás bloqueada? —se preguntó a sí misma como si no pudiera creerlo.

¿El cansancio, los nervios, la tormenta...?

¿Qué?

Lo intentó de nuevo, con otra idea, otras palabras. Casi siempre era igual. Una primera frase abría el chorro delicioso de la creatividad. La inspiración no existía, era una falacia. La creatividad sí. La poesía era un río caudaloso que, en ocasiones, se convertía en torrente vivo. Esa noche habría necesitado un torrente.

Su bolígrafo se detuvo de nuevo.

No tenía nada que decir. Lo sentía todo pero no tenía nada que decir.

Asombroso.

La tienda de campaña se estremecía con cada bandazo de viento. Parecía un

juguete minúsculo sometido a la presión de la gran tormenta. Le habían dicho que era fuerte y resistente, que soportaba condiciones extremas, no en la alta montaña, pero sí yendo de camping o durmiendo en lugares con un mínimo de condiciones. Se preguntó si los fabricantes, o los que se la vendieron, estuvieron alguna vez en mitad del Caribe colombiano, azotados por aquel alarido de la naturaleza.

Ahora sí tuvo sed de nuevo. Cogió la botellita de agua de la mochila y dio un pequeño sorbo. El segundo fue más largo. Como si estuviera en el desierto, prefirió no dar un tercero y reservar su contenido. Si le pedía agua de nuevo a él lo tomaría como una excusa. Y la noche podía ser muy larga. El hambre seguía ausente de su ánimo.

Intentó escribir algo, por tercera vez.

Claroscuro
de luz quebrada, furia
en la plenitud del ocaso.
Muro que gime,
revienta,
y se pierde en el silencio
vivo,
tuyo, mío,
perfil de sombras huidizas,
misterio
de tu aliento en mi boca,
vertiendo imágenes cálidas
en mi mente
olvidada.

No, no era bueno. Era... como los poemas del pasado, los de su adolescencia, los de hacía tan sólo unos años, incluso meses. No era bueno y lo sabía. O tal vez no. Nadie se lo había dicho.

Caminaba por una constante penumbra.

–Vale –suspiró.

Y optó por rendirse.

No era su noche.

Ni su día.

Quizás no lo fuera nunca.

CAPÍTULO 11

El rayo grita.
La canción en el bosque
pasó de largo.

Apagó la linterna para ahorrar pilas, no fuese que la noche se complicara aún más de lo que la climatología hacía presagiar. Los bandazos del viento eran tan violentos que daba la impresión de que la tienda de campaña fuese a ser arrancada del suelo en un suspiro. Las paredes se estremecían, temblaban víctimas de la tempestad produciendo un extraño ruido. La lluvia golpeaba su liviano refugio con tan inusitada intensidad que tanteó las juntas con los dedos sólo para estar segura de que resistían.

Sabía que le sería imposible conciliar el sueño. No con aquella hecatombe castigando su entorno.

Volvió a su ánimo aquel sentimiento de debilidad y pequeñez.

La oscuridad se rompía de tanto en tanto por los relámpagos, flases de fuerte intensidad que diseminaban sombras más allá de la tienda. Optó por cerrar los ojos y tumbarse en el suelo, encogida, de lado, con la cabeza apoyada en la mochila. Un trueno. Otro. Buscó alguna forma de evasión mental y no encontró ninguna. Había imaginado de muchas maneras su encuentro con Isaac Estruch, pero ninguna como aquélla. A escasos metros el hombre que había cambiado su vida, el ser que le devolvió la esperanza, le negaba ahora el pan y la sal de su contacto. Por la mañana, tal vez, volvería a brillar el sol. Un futuro situado a años luz, sobrecogida por el presente y atenazada por el pasado más inmediato.

La tierra volvió a temblar, igual que si un terremoto sacudiese a la isla.

Entonces gritó.

Con todas sus fuerzas, a pleno pulmón, sabiendo que él no la escucharía, sabiendo que podía hacerlo con entera libertad. Un grito capaz de asustar a los fantasmas, agotarla, dejarla exhausta.

Gritó y gritó hasta no poder más.

Quizás fuese su energía. Tal vez la descarga de adrenalina. Lo cierto es que el siguiente rayo, acompañado por el inmediato trueno, señal de que la tormenta se encontraba sobre su cabeza, fue el peor. Un latigazo tremendo que la hizo brincar del susto y volver a sentarse con las piernas recogidas.

Entonces la guerra exterior atravesó sus fronteras y llegó al interior.

La rama, desgajada de su árbol, debió de caer en vertical, igual que una cuchilla, limpia y capaz de cortar la dura tela de la tienda como si fuese de seda. Lo primero que escuchó fue el golpe. Lo segundo el siseo, la manera en que se rasgó. Después notó el impacto en el hombro, de refilón. El susto la hizo saltar hacia atrás. Todavía no estaba segura de lo sucedido cuando notó cómo la lluvia empezaba a mojarla. Levantó la vista y vio el corte pese a la oscuridad que la envolvía, porque más allá del techo abierto de la tienda los árboles se movían danzando a su antojo. El inmediato rayo que lanzó espectrales formas vivas a su alrededor le permitió ver la magnitud de la tragedia, el techo abierto, la rama aplastando la parte derecha de la tienda, con el extremo colgando cerca de ella.

A su alrededor se formó un primer remolino de viento.

Quizás su calor corporal atrajese un rayo. Eso no lo sabía.

Estaba empapada de nuevo mucho antes de que se pusiera de pie para intentar retirar la rama del interior de la tienda. Era grande, y pesada, así que la agarró con todas sus fuerzas, desesperada, pasando de la posibilidad de cortarse o hacerse daño, y la empujó hacia arriba. Se rindió al tercer intento, agotada, pero también debido a que la lluvia le azotaba ya el rostro de una forma inclemente y la cegaba.

Si creía que eso era todo, pronto comprendió lo equivocada que estaba.

La rama no impidió que el viento, actuando ahora desde dentro, levantara la tienda y arrancara los anclajes, uno a uno.

La primera sensación de que se movía, víctima del zarandeo, fue de sorpresa. La segunda, muy unida a la primera, de pánico.

–¡Oh, no! –se sintió perdida.

La rama retuvo la tienda menos de diez segundos después de que ésta perdiera sus fijaciones. Empujada por el viento exterior, y víctima del remolino interior, fue igual que si una mano invisible la tomara con dos dedos y la agitara en el aire. La rama que acababa de provocar la tragedia ni siquiera logró retenerla. Acabó rasgándose la pared y entonces la tienda salió rodando por el suelo.

El miedo la agarrotó, incapaz de reaccionar, y cayó al suelo aferrándose a su mochila, como si ella fuera la salvación final.

El golpe contra la base de otro árbol fue muy duro, aunque impactó con la parte más blanda de su cuerpo: su trasero.

Ignoraba cuánto tardaría el viento en volver a empujarla, quizás contra otro árbol, quizás hasta el mar.

Tenía que salir de allí.

Los restos de la tienda de campaña, con ella dentro, parecían un barquito de papel en mitad de un océano de furias.

Luchó por ponerse en pie, sin dejar la mochila con su pasaporte, el dinero, su libreta, la ropa, pero no lo consiguió. La tela de la tienda la envolvía y ella estaba tan mojada y asustada que no articulaba apenas sus gestos. Fue una lucha dantesca que terminó de la manera más inesperada.

Se había olvidado de él.

–¡Estás loca! ¡Sal de ahí! ¡Vamos!

NOCHE

CAPÍTULO 12

Mis pies descalzos,
de todos mis caminos
llevan el polvo.

Entreabrió los ojos. Vio la mano que se acercaba a ella casi al tiempo que la sujetaba, y se aferró a su contacto con la sensación de que era un náufrago al límite en el momento de aparecer su tabla de salvación. Lo único que no soltó fue su mochila.

Se sintió levantada como una pluma.

En brazos de Isaac Estruch.

Se olvidó de la tienda. Estaba perdida. Lo único importante eran ella y sus pertenencias. Ni tan siquiera llegó a poner un pie en tierra. El poeta la trasladó en volandas hasta la casa, más cargada que sostenida en brazos. La sensación de llevar horas peleando contra los elementos la rindió y se dejó conducir con un sentimiento mezcla de gratitud y desesperación. El viento, la lluvia, los rayos, los truenos, formaban un coro infernal a su alrededor. Quería cerrar los ojos y que todo cesara de una vez.

Cesó cuando la puerta de la casa la separó del exterior y la tempestad quedó atrás.

Una simple puerta.

La lluvia golpeaba el techo, el estruendo era ensordecedor, y el viento ululaba y hacía sisear las juntas de las ventanas, pero aquello sin duda era mucho más que

un refugio. Era un hogar.

Su hogar.

La casa de Isaac Estruch había aguantado decenas, cientos de tormentas como aquélla.

La dejó en el suelo, de pie, calada hasta los huesos.

—¿Estás bien?

Se encontró con su mirada preocupada, su rostro inquieto. Llevaba un impermeable de color exóticamente amarillo. Un impermeable con capucha. Se lo quitó sin apartar sus ojos de ella.

—Estoy bien —asintió.

—¿Cómo se te ocurre meterte con esa cosita debajo de los árboles?

—Me dijeron... que era resistente.

—¿Quién te dijo eso, tu hada madrina?

Se estaba formando un charco bajo sus pies. Un charco enorme. Sostenía la mochila apretada contra su pecho y su imagen debía de ser la más triste y patética del mundo. Mojada, asustada, maltratada. Todo eso delante de él.

La preocupación del hombre dio paso a la irritación.

—Ahí tienes un cuarto de baño y toallas —le señaló la puerta cerrada contigua a su habitación. Luego hizo lo mismo con su mochila—: ¿Tendrás ropa seca?

—Sí, el interior es impermeable.

Isaac Estruch soltó un bufido que podía significar cualquier cosa.

—De acuerdo.

Caminó hacia su habitación y la dejó tal cual, sin esperar más. Isa no reaccionó hasta que la puerta se cerró tras él. Su «gracias» murió antes de haberlo pronunciado. Entonces se dirigió al baño.

Era muy sencillo, ya lo había visto desde la ventana cuando examinó la casa por el exterior. Sencillo y limpio. Se quitó la ropa mojada y la tendió sobre una cuerda que iba de pared a pared. También puso en ella la que se había cambiado ya en la tienda. Luego se secó con una de las toallas grandes. Una toalla muy vieja, que debía de tener muchas horas de vuelo.

Cuando se dio cuenta de ello la olió.

Sin rastro de él. Tan sólo de jabón.

Lo siguiente fue mirarse en el espejo, tal cual. El espejo en que Isaac Estruch se reflejaba cada mañana desde hacía veinte años. Toda una vida. Por alguna extraña e inconfesable razón se sintió tímida, como si ese espejo fuesen sus ojos. Más que la desnudez física, la que sentía era la del alma y la mente. Una desnudez que la devolvía a la inseguridad y la adolescencia la apartaba de su primera madurez juvenil.

Entonces entendió que era una intrusa.

Que no tenía derecho a estar allí, removiendo el pasado, el mundo del hombre que más admiraba y al que debía todo, aunque él no lo supiese.

Miró la ducha, pero rechazó la idea de tomar un baño. No sin preguntárselo a él, y no quería ponerse a gritar para que la oyera. También experimentó la misma incomodidad de su examen en el espejo.

Optó por sacar más ropa de su mochila y cambiarse por segunda vez en la última hora. Escogió unos pantalones cortos y una camisa abierta que abrochó hasta el ombligo y anudó en la parte más baja. Las zapatillas estaban demasiado mojadas, como las primeras, y no tenía otras, así que se quedó descalza. Tenía las manos y los pies bonitos.

Se puso roja.

¿Por qué pensaba en eso?

Los nervios. Eran los nervios. Estaba a tope, a cien, a mil.

En su casa.

Ahora sí.

Aunque fuese por imposición, no porque él hubiera aceptado tenerla allí.

Se escurrió el cabello con las manos. No había secador. Agitó la cabeza un par de veces y cuando terminó de arreglarse hizo lo que solía hacer siempre antes de un examen: cerrar los ojos y contar hasta cincuenta.

Respirar.

Luego salió del cuarto de baño.

CAPÍTULO 13

Una canción,
me hace pensar en ti.
Y no sé el nombre.

Sobre la mesa había comida. Un par de arepas, mantequilla, algo de jamón en dulce, queso, una jarra de agua y un vaso con un jugo de color rojizo, inidentificable.

Ni rastro de él.

No tenía hambre, pero la visión de la comida, unida al hecho de que se hubiera tomado la molestia de preparárselo, se la despertó de golpe. Al menos la suficiente para probar algo.

Esperó unos segundos, insegura, por si reaparecía, hasta que comprendió que no iba a ser así, que la comida era para ella y que, probablemente, no volviese a verlo en toda la noche.

También había quitado los libros del sofá.

Su cama.

No supo cómo, pero descubrió que por primera vez estaba sonriendo.

Dejó la mochila en una de las sillas y se sentó en la otra. Bebió primero agua y después un sorbo del jugo. No era muy amante de ellos, pero estaba en Colombia, y allí eran el santo y seña de todas las comidas. Además, estaba muy bueno. Tanto que engulló medio vaso en los siguientes tres sorbos.

Comió una arepa. Habría preferido pan, pero por las malas algo era algo. Como europea, no entendía la afición de los colombianos por ellas. No tenían sabor. La untó con mantequilla y luego le puso una loncha de queso por encima. Una vez ingerida dejó la otra y probó con una segunda loncha de queso y un poco de jamón en dulce. Cinco minutos de absoluto silencio.

Se levantó y vaciló sin saber si acercarse a la puerta de la habitación o no. Decidió lo último. Sólo le faltaba que apareciera de pronto y creyera que le espiaba. Caminó hasta el sofá y se sentó en él. Era más que viejo. Tenía muelles sueltos por todas partes. Dormir allí sería una rara tortura china.

El rugido de la tormenta, de la que casi se había olvidado pese al tronar de la lluvia y el ulular del viento, le hizo cambiar de idea y agradecer su suerte.

Un techo.

Y lo más parecido a una cama.

No pasó más allá de otros cinco minutos sentada en el sofá. Ya estaba más tranquila, y no tenía sueño. Recuperaba las vibraciones, la excitación por el hecho de encontrarse allí. A unos pocos pasos de su destino.

Aunque empezaba a odiar esa palabra.

Se levantó y caminó sin hacer ruido en dirección al único tramo de pared que albergaba fotos además de libros, apretadas y compartiendo espacio con ellos. En una, en blanco y negro, vio a dos personas de mediana edad con un niño. Sus padres y él. En otra, aún más antigua, a unos ancianos. Sus abuelos. Desconocía el resto. No las había visto en los reportajes que conservaba de su ídolo literario. Media docena de imágenes de entre las cuales destacaba una, la más reciente, en la que se veía a una mujer joven, de rasgos latinoamericanos, sonriendo al sol bajo una palmera. Quizás en aquella misma isla.

Fue la que con más atención estudió.

Después prosiguió su examen con los libros, en ese tramo y en la pared más poblada de ellos. Esta vez pudo estudiar con mayor atención sus nombres. A la mayoría de autores ni los conocía. Muchos de los volúmenes eran en inglés. Poesía. Poesía. Poesía. En el mundo de Isaac Estruch la narrativa no existía. Como mucho, y eso sí la sorprendió, había libros infantiles, españoles, colombianos, ecuatorianos, mexicanos, ingleses...

¿Quién había dicho que lo único que no puede perderse con la edad es el niño que todos llevamos dentro?

Iba a coger un libro de un estante cuando, inesperadamente, escuchó su voz:

–¡Si tocas algo o husmeas en mis cosas, te echo, y me da igual la tormenta!

¿La espiaba?

¿O era intuición, en el momento oportuno?

Miró a su alrededor. Nada. La voz provenía de detrás de la puerta de su habitación. Quizás la hubiese oído caminar, a pesar de hacerlo descalza.

Regresó al sofá, roja.

No llegó a cincuenta. Se detuvo a los treinta y siete.

–¡No tiene por qué encerrarse en su cuarto! ¡Si no quiere hablar, no hablaré y ya está! ¡Se lo juro!

No hubo respuesta.

Isa apretó las mandíbulas, los puños.

Recordó su poema de pronto. El que había deslizado por debajo de la puerta. Se incorporó y paseó una mirada por el lugar sin llegar a descubrirlo. Eso significaba que lo tenía él en su habitación. Llenó los pulmones de aire ante esa más que segura certeza y volvió a sentarse.

Debieron de transcurrir dos o tres minutos.

Quizás cinco.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que la asustó el ruido de la puerta de la habitación al abrirse. Volvió la cabeza y se encontró con él, vestido con la misma ropa de antes, y también descalzo. Isaac Estruch ni la miró. Llegó a la puerta del baño, la abrió, se metió dentro y la cerró.

Tardó otros cinco minutos en reaparecer, y lo hizo después de tirar de la cadena del inodoro.

Algo así debía de ser toda una innovación en la isla.

Supo que no iba a decirle nada, que volvería a meterse en su habitación y que, probablemente, eso sería todo. Buenas noches. Hasta mañana. Ahí te pudras.

–Dígame dónde puedo dormir, por favor –fue lo primero que se le ocurrió, aunque sabía de sobras la respuesta.

Logró su objetivo.

Detenerle.

–¿Crees que esto es un hotel? Estás sentada en tu cama. Aquí no hay más habitación que la mía y yo no soy un caballero, soy el tipo que necesita dormir como Dios manda. Tú tampoco eres mi invitada precisamente.

Hizo ademán de reemprender la marcha.

–Gracias por la cena.

–De nada.

–¿Ha leído mi poema?

–No.

–¿Por qué miente?

–¿Se supone que debía leerlo?

–Sí.

–¿Por qué razón?

–Curiosidad.

–Pues no lo he hecho.

–¿Y dónde está? –no quiso parecer triunfal.

–Lo he tirado a la basura –señaló el armario de debajo del fregadero.

–¡No es verdad! –sintió que se ponía roja.

Isaac Estruch alzó las cejas.

–Es increíble. A tu edad yo era menos impertinente, y eso que lo era bastante.

–¿Por qué se empeña en hacerse el desagradable si no lo es?

–¿Que no lo soy? –dio un paso en su dirección–. Será mejor que no tientes a la suerte, niña. Sin esa tormenta, que casi me da por pensar que has provocado para llegar a esto, sabes muy bien que no estarías aquí.

–Eso prueba algo.

–Prueba que no quiero tener que rescatarte más o dar parte de tu desaparición y que se me llene esto de policías, cónsules y demás especies, incluidos los carroñeros, los periodistas. No te engañes.

–¿Y si realmente fuese una fan loca?

–Eres una fan loca –remarcó la primera palabra.

–Sabe que eso no es cierto.

–No soy tan listo.

–No he venido aquí a gritar ni a buscar un autógrafo o ponerme coñazo.

–Pues es un alivio.

–Ha leído mi poema –insistió.

–¿Y?

–Es bueno.

–Si estuvieras segura de eso no estarías aquí, ni te haría falta que yo te lo dijera.

–¡Yo no he venido a...!

–Antes me has pedido ayuda –le recordó.

Isa hizo un gesto de agotamiento, desbordada e incapaz de retenerle por más tiempo.

–No me confunda, ¿vale?

Su petición de clemencia, o de tregua, no sirvió de nada.

–Bienvenida al mundo del absurdo, el mundo de los poetas –le deseó Isaac Estruch.

Ya no pudo impedir que se metiera en su habitación y cerrara la puerta, dejándola de nuevo furiosa, abatida, alucinada...

CAPÍTULO 14

Libro sin letras,
esperas quien te llene
de paces vivas.

La luz que colgaba del techo no era muy intensa. Su tono resultaba más bien mortecino, triste, como de funeral. No se había dado cuenta hasta este momento. Proporcionaba suficiente claridad pero no para leer, por ejemplo. Había otra lamparita que no se atrevió a encender, por si acaso.

No tenía sueño.

Podía tenderse en el sofá, tal cual, sin una sábana que echarse por encima, y tratar de cerrar los ojos, relajarse. En tal caso lo mejor era apagar la luz de la estancia.

Eso le dio miedo.

Se acercó a la ventana. En el exterior las sombras danzaban en un movimiento infernal y caótico. El viento jugaba con palmeras y árboles a su antojo. Pegó la nariz al cristal y puso las dos manos a modo de pantalla en torno a los ojos para verlo mejor. Se preguntó cómo era posible que con semejantes rayos todavía tuvieran luz, y dedujo que en alguna parte tendría un generador.

De cualquier forma daba lo mismo.

Volvió la cabeza y dirigió la mirada a la cocina, al armario situado bajo el fregadero.

La basura.

¿Habría echado realmente su poema al cubo de los desperdicios?

No.

Imposible.

Aunque sólo fuese por una mínima decencia...

Vaciló sin saber qué hacer. La separaban cinco pasos de la resolución de la duda. Bastaba con darlos, abrir la puertecita y asomarse al cubo, cesto o lo que fuera. Estaba segura de que la hoja de papel de su libreta se hallaba en la habitación de Isaac Estruch. Segura. Segura. Segura. Ni siquiera un falso monstruo como él era capaz de...

Se mordió el labio inferior.

Ni ella sabía de lo que era capaz el «falso monstruo».

Nadie lo sabía.

Era una de las grandes incógnitas de los últimos veinte años.

De toda la historia de la literatura.

Se sentó en la misma silla que había utilizado para cenar y apartó la comida que seguía en la mesa. Luego tomó la mochila de la otra silla y buscó su libreta y el bolígrafo. Quizás ahora lograra escribir algo, en su casa, con él muy cerca, al otro lado de una puerta tan hermética como su corazón. Leyó los poemas inacabados, el fallido de la tienda de campaña, y buscó una inspiración que la ayudase a iniciar unos versos que, sin duda, algún día, serían claves en su vida y en su historia literaria. El poema de la isla, el poema de la casa de Isaac Estruch. El poema de una noche de perros que todavía no había terminado.

Acabó de descubrir que su cabeza no estaba allí, con ella. Al menos en ese instante.

Miró de nuevo el lugar en el que se ocultaba el cubo de la basura.

No, no era posible.

—Vamos, escribe algo, lo que sea.

Se concentró en su mano, el bolígrafo, la libreta...

Llevo una habitación de hotel en mi corazón.

Llevo una cárcel vacía en mi mente.
Y mi pensamiento es un cauce abierto en la montaña.
Llevo una silla de madera al borde de mi ansiedad.
Llevo una película inacabada en mi vida.
Y mis manos extendidas aún esperan nuevos horizontes.
Llevo una moneda en el fondo de un bolsillo agujereado.
Llevo una intención colgada de mi voluntad.
Y me faltan horas para tantas ilusiones soñadas.
Llevo una habitación de hotel en mi corazón.
Llevo las alas de mi libertad plegadas.
Y cada noche cierro los ojos pensando en mañana.

Lo acabó de escribir a la carrera, como solía hacer siempre, dejándose llevar, soltando o, mejor, liberando su propia ansiedad. Luego lo leyó invadida por sus habituales dudas. ¿Bueno? ¿Malo? ¿Qué, qué, qué? A cinco metros del poeta más grande que había dado España en los últimos años y ella dudaba de sí misma porque nadie, nadie, había sido capaz de decirle si tenía la menor posibilidad.

Aunque tuviera diecinueve años.

Diecinueve malditos y estúpidos años.

La basura era un imán. Saber si su poema estaba allí dominaba sus emociones. Y no tenía más que levantarse, dar ahora un paso y comprobarlo.

Pero se negaba a hacerlo.

Lo intentó otra vez. Buscó algunas de sus frases sueltas, ideas que, a veces, lograba desarrollar como poema. Luego escribió un título: «Palabras».

Hay palabras que antes de ser escritas ya están muertas.
Antes de ser pronunciadas ya están gastadas.
Antes de ser oídas ya son mentiras.

¿Cuál es tu palabra amiga al borde del silencio?
¿Qué querrías escuchar mientras te acercas al abismo?
¿Cuál te carcome el corazón en la soledad de la noche?

Hay palabras que después de ser escritas ya no valen.
Después de ser dichas no han sido oídas.
Después de ser escuchadas lloran.

¿Cuál es la palabra que más te duele?
¿Cuál es la que gritas en el orgasmo?
¿Cuál es la que dirás en el último suspiro?

Palabras.
Sólo palabras.
Déjalas junto al viento para que él se las lleve.
Palabras.
Sólo palabras.
Ponlas en tu vientre y después aprieta.
Palabras.
Sólo palabras.
Todas las inocencias están huérfanas de palabras.

No lo resistió más. Dejó el bolígrafo sobre la libreta, cansada de escribir, sintiendo que no lograban despertar sus emociones, y se levantó para abrir la puertecita de debajo del fregadero.

Los goznes gimieron de una forma tan espantosa, justo en un momento en el que no retumbaba la tempestad, que a no ser que Isaac Estruch ya estuviese profundamente dormido era imposible que no lo hubiese oído.

Se puso roja.

Eso fue un segundo antes de ver su poema, convertido en una bola arrugada, reinando en la parte superior del cubo de la basura.

Lo había hecho.

No le mintió.

No supo si gritar, echarse a llorar, entrar en su habitación y asesinarlo o largarse por la puerta a pesar de la tormenta.

Se quedó quieta más de diez segundos.

Mirando su posible futuro en la basura.

Acabó alargando la mano para coger la bola de papel. Lo desplegó y lo contempló con una infinita tristeza. Más acorralada de lo que jamás se había sentido. Sin darse cuenta, cerró la puertecita y volvió a escucharse el gemido de los goznes, ahora con menor intensidad y arropado por un trueno que lo amortiguó. Se puso en pie y regresó a la mesa.

No tuvo tiempo de pensar en nada más, al menos en ese instante, porque de pronto se fue la luz y todo quedó a oscuras.

CAPÍTULO 15

Querido amigo,
véndeme la certeza
de algún mañana.

Pasó los primeros instantes sin saber qué hacer.

Generador o no, lo cierto es que, casi con toda seguridad, estarían sin luz lo que quedaba de noche.

—¿Qué más? —suspiró abatida.

Cerró la libreta, metió el bolígrafo entre las anillas y lo sujetó a ellas. La guardó en su mochila a tientas y después colocó las manos abiertas sobre la arrugada hoja de papel de su poema, como si quisiera plancharlo, o absorberlo, o darle calor.

El aliento de la vida.

Iba a regresar al sofá, para tenderse en él y cerrar aquel capítulo espantoso tratando de dormir, cuando la puerta de la habitación del dueño de la casa se abrió y por ella apareció él, sosteniendo el cabo de una vela de unos siete u ocho centímetros de alto.

Con la luz a la altura del pecho, iluminándole desde abajo, su figura era ciertamente siniestra.

Isa lo miró con tristeza.

Isaac Estruch no dijo nada. Rehuyó esa mirada, caminó hasta la mesa, colocó la

vela y su soporte en el centro, y se dispuso a regresar a su cubículo. La hoja de papel extendida bajo las manos de su invitada forzosa fue lo que reclamó su atención, el tiempo justo de detenerse un momento.

Entonces, sí, se fijó en sus ojos.

–¿Por qué lo ha hecho? –le preguntó ella.

La respuesta tardó en llegar. Demasiado.

–Porque es malo.

–Así que lo ha leído.

El silencio fue casi crepuscular.

–Lo ha leído –asintió Isa.

–Tal vez.

–Si dice que es malo es porque lo ha leído.

–Sólo un par de versos.

–¿Suficiente con eso?

–Sí, suficiente con eso.

–Y los sueños de toda una vida a la mierda –chasqueó los dedos.

–Hasta ahora tu vida ha sido muy corta. Y en cuanto a los sueños, dependen de ti, no de mí.

–Por Dios... ¿Qué le cuesta ser un poco amable?

–¿Has venido buscando amabilidad o la verdad?

–No lo sé –reconoció–. Sigo mis impulsos, nada más. Sólo quería verle.

–Te lo he dicho antes, en la puerta, la primera vez, y te lo repito ahora. Eres una romántica.

–¿Qué hay de malo en ello?

–Nada, depende de para qué lo utilices o cómo te torpedee la vida. La pasión es buena, pero si no la dominas te desborda y te aplasta con su peso.

–Tengo diecinueve años. ¿Cuándo voy a tener pasión?

–¿Crees que la pasión es patrimonio de la juventud?

–Si usted tuviera pasión no estaría aquí encerrado.

Isaac Estruch extendió una sonrisa cansina en su rostro.

—¿De qué se ríe? —quiso saber Isa.

—No me río —manifestó con algo parecido a un tono cordial—. Pero deberías saber que se tiene más pasión, especialmente por la vida, a los cincuenta o los sesenta o los setenta que a los veinte.

—Eso no es cierto.

—Vaya —alzó las cejas—. ¿Te desmonto algo? ¿Te has organizado ya tu propia película, inamovible, antes de crecer? Yo ya sé lo que es tener veinte años, pero tú no sabes lo que es tener mi edad.

—Sesenta y siete —se lo recordó.

—Mi edad, y punto.

—Hábleme de la pasión.

—No —fue categórico—. Eso es cosa tuya. La pasión de los demás es única, propia. No se trata de un ente abstracto. Se trata de la energía que nos mueve, nos da la vida o nos la arrebat.

—Su pasión ha cambiado la existencia de muchas personas.

—Cambiaron ellas, porque querían cambiar. Se aferraron a mis poemas como podían haberse aferrado a otras cosas. No hagas santo a nadie, y menos a un diablo.

—¿Usted es un diablo?

—Sí.

—Un diablo que le niega al mundo su talento.

—¿Mi talento? —continuaba de pie, frente a ella, así que cuando se apoyó en la mesa, con las dos manos, iluminado por la luz de la vela, su corpachón se hizo todavía mayor por la proximidad—. Antes lo has llamado don. Ahora lo llamas talento. Yo sólo pienso que es una habilidad, como la del que sabe desmontar y montar un aparato eléctrico, o es capaz de resolver un acertijo en un abrir y cerrar de ojos. Habilidad para encadenar palabras, una tras otra, y hacer que tengan un sentido. En cualquier caso, si es un don, o es talento, se trata más bien de una cuestión de suerte.

—¿Suerte? —se horrorizó.

—Uno nace blanco o negro, rico o pobre, en España o en Colombia...

–¡No puede simplificarlo así! ¡Ni siquiera sé de qué me habla!

–De realismo.

–¿Sabe cuánta gente nace, vive y muere sin ninguna posibilidad? ¡Usted tiene... como lo llame, la facultad de realizar algo diferente, hacer de este mundo un lugar mejor, y pasa de ello! ¡Pasa y se larga!

–Creía que me admirabas.

–¡Lo admiro! ¡Me salvó la vida, lo crea o no, se ría o no! ¡Pero no puedo callarme y decir amén a todo lo que me diga!

–¿Ves por qué no quiero hablar con nadie?

–¿No le gusta discutir?

–¿Así que ahora estamos incluso discutiendo?

–¡¿Por qué se fue?!

Tenía las manos crispadas, el rostro abierto, como si pudiera mostrar su alma a través de la energía de sus ojos. Isaac Estruch se asomó a ese abismo.

Vaciló por primera vez, como si estuviese a punto de caer en él, abducido por su influjo.

E Isa supo, también por primera vez, que la veía por fin como a una mujer.

Un rostro sincero, y hermoso.

–El mundo no necesitaba a otro poeta loco –se limitó a decir.

–¿Loco? –no pudo dar crédito a lo que oía–. Usted cambió la poesía del siglo...

–Eso no es cierto.

–¡Lo hizo, y con sólo tres libros! ¡Se fue en pleno éxito!

–Porque ya había dicho todo lo que tenía que decir.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo evitarlo. Iluminada por la vacilante llamita de la vela, el centelleo de sus pupilas fue un arco iris que titiló en mitad de aquella emoción mal contenida. Isaac Estruch recibió su instintiva reacción con una leve crispación propia, algo parecido al desmoronamiento de una roca que, en su interior, acabase de convertirse en arenilla.

Isa se dejó contemplar. Intentó ser fuerte, contener las lágrimas.

Lo consiguió haciendo un esfuerzo.

Lo tenía, por fin, delante. No quería perderlo.

Ya no.

La escena se congeló apenas un puñado de segundos.

Hasta que el poeta cedió, relajó su cuerpo y se sentó en la silla, frente a ella, tras dejar la mochila junto a los restos de la comida, a un lado de la mesa, apartada de la vela que dominaba a ambos desde el centro.

Le hizo la pregunta.

—¿Por qué te salvé la vida?

CAPÍTULO 16

Hoy me he caído.
Estaré levantado
mañana al alba.

Apoyó la espalda en la silla y subió una pierna, la izquierda, para colocarla encima del muslo derecho. Su posición más cómoda. Su voz fluyó por fin con naturalidad, sin enfados ni crispaciones. Una voz que surgía desde el corazón y la mente, para converger en sus labios casi a modo de rezo íntimo.

—Tenía quince años y me operaron, prácticamente a vida o muerte. La intervención incluía la extirpación de una parte de mi intestino. Supongo que los detalles no son importantes —se llevó una mano al bajo vientre por simple inercia—. El día anterior alguien me regaló *Tiempo*. Yo no tenía ganas de nada, y menos de leer, y aún menos de leer poesía, aunque ya me gustase mucho escribir poemas sin saber por qué. Creía que me iba a morir, o que, aunque no muriese, me quedaría impedida, arrastrando problemas de por vida. Desde la ventana de la habitación del hospital veía el mundo y sentía mucha rabia. La rabia de la frustración y el desespero, ¿entiende? Allá abajo, en la calle, la gente era feliz, reía, caminaba, las parejas se daban besos en las esquinas o bajo los árboles. Y yo me enfrentaba a la muerte o algo peor. Nadie miraba hacia arriba. Nadie pensaba que junto a ellos se alzaba un hospital con gente enferma, destinos rotos.

—¿Habías mirado tú antes así un hospital?

—No —admitió.

—Perdona. Sigue.

—Era casi de noche, me quedé sola unos minutos porque mis padres cenaban o atendían al móvil, no sé. El caso es que alargué la mano y tomé el libro, por inercia, porque me zumbaba la cabeza y me estaba volviendo loca. Lo abrí al azar. ¡Al azar! Y ante mí tenía «Esencia». Apenas quince líneas... por Dios...

—¿Tan fuerte fue?

—¿Fuerte? —elevó las dos manos abiertas hasta la altura de su rostro—. Fue como... como saltar desde un rascacielos y caer, caer, caer pero no para estrellarme contra el suelo, sino para terminar flotando hasta tocar tierra dulcemente o sumergirme en una masa de algodón muy suave. Allí... estaba todo. Allí tenía respuestas.

—Es un poema amargo.

—Yo lo vi como una revelación, una luz. Todo lo que tenía en mi cabeza, y que no sabía cómo expresar, estaba en él, contenido, saltándome a los ojos, me inundó la razón. Ese poema me golpeó, me abofeteó. Fue como si me gritara: «¡Despierta!». Y me desperté. Y luego leí «Acto» y el grito fue: «¡Reacciona!». Y reaccioné. Empecé a pasar páginas, a devorar, aquí y allá. Y no podía creer lo que leía, lo que sentía. Mi cuerpo vibraba. Era otro. Y yo...

—Tranquilízate.

—Lo siento, es que... —recuperó la paz que había ido perdiendo con la curva ascendente de su relato—. Me leí el libro entero antes de dormir, y no una vez, sino dos, y algunos poemas tres, cuatro, cinco veces. Mi madre no entendía nada. Me decía que tenía que descansar, estar fuerte porque la operación iba a ser a primera hora, que durmiese... y yo leyendo, leyendo absorta. Tanto que me olvidé de la intervención. ¿Se da cuenta? Había llegado al hospital odiando el mundo entero. ¡Tenía quince años y ya estaba jodida, porque para odiar a los quince años has de estar muy jodida! ¡Pero por la mañana entré en el quirófano siendo otra, dispuesta a luchar! ¡Recité «Esencia» mientras me dormían con la anestesia! Fue todo tan...

—¿No has pensado que tú misma buscabas un clavo ardiendo para no rendirte?

—Es posible. Pero el clavo fue *Tiempo*. En la contraportada se hablaba de usted y de los otros dos libros. Lo primero que le pedí a mis padres al recuperarme de la intervención y decirme ellos que había ido bien fue que me compraran los dos, ese mismo día. Mi madre seguía sin entender nada, y mi padre... Incluso cogió *Tiempo* y lo ojeó, para saber qué me estaba sucediendo.

—¿Lo entendió?

–No.

–Bien –sonrió él.

–Todos los poemas de *Tiempo* hablan de... –buscó la palabra precisa sin encontrarla.

–De lo efímero –la ayudó Isaac Estruch.

–¡Efímero pero válido, útil, necesario...! ¡Es la reivindicación de lo insignificante por encima de todos los grandes conceptos con los que nos bombardean!

–Un punto de vista muy peculiar.

–¿Acaso no ha de interpretar cada lector lo que lee según su prisma personal, y más en el caso de la poesía?

–Sigue.

–¿No quiere discutir eso?

–No, ahora no. Sigue con tu historia.

–Mi padre me trajo *Espacio y Relatividad*. Medio zombi por el postoperatorio los devoré también los dos, y fue como si se cerrara un círculo perfecto. No podía dejar de leerlos. Terminaba uno y volvía al otro, luego al primero. Los leía del derecho y del revés, saltando de un poema de la página siete a uno de la cincuenta y dos para retroceder al de la veintinueve.

–*Tiempo y Espacio* no son muy gruesos. *Relatividad* sí. Más de doscientas páginas.

–Por mí, como si hubieran tenido mil páginas cada uno. Estaba deseando llegar a casa para meterme en internet y buscar cuanto hubiera relativo a usted y su obra. Como los tres libros eran reediciones, leí lo del prematuro adiós, que no había escrito más y lo abandonó todo, su desaparición de la vida pública pese a los premios y las críticas. Eso me resultaba... imposible de creer. ¡En esos tres libros se condensaba tanto!

–Sigo sin ver de qué forma «te salvé la vida».

–A la mañana siguiente llegó el médico para examinarme y se mostró muy perplejo. Según él, tenía que pasar dos semanas en el hospital. Cuando me vio ese día no pudo ocultar su asombro. Yo estaba tan bien que no era necesaria la hospitalización, es decir, que podía pasar en casa el postoperatorio. Era tal su alucinación que le preguntó a mis padres si había sucedido algo relevante que pudiera justificar mi estado. Ellos le dijeron que lo único que yo había hecho era

leer unos libros de poemas. El médico los cogió, los ojeó, y dijo: «No los conozco, ni al autor, pero desde luego han obrado un milagro».

–La palabra «milagro» es excesiva.

–¿Cómo lo llama entonces?

–Ya te lo he dicho antes: tú buscabas un clavo ardiendo, algo en lo que creer, y te aferraste a mis poemas.

–¿Y qué? Fueron ellos y sólo ellos.

–A los quince años, y durante toda la adolescencia, buscamos espejos. Somos inseguros, necesitamos afianzarnos, buscamos modelos a seguir o imitar. A veces cualquier cosa sirve, un futbolista, un cantante de moda, incluso un poeta maldito.

–Usted no es un poeta maldito.

–No todo el mundo me ensalzó. Somos españoles, el país de la crítica y la envidia. Convertimos barro en mitos y luego utilizamos piedras para derribarlos.

–Usted no sabe la de gente que le venera y le respeta, y no sólo en España.

Isaac Estruch se encogió de hombros.

–¿Qué hiciste después? ¿Estás bien ahora? –eludió de nuevo el reto de hablar más sobre sí mismo.

–Estoy bien, muy bien –asintió Isa–. Ni siquiera quedaron las previsibles secuelas que hablaban de una segunda operación al terminar mi desarrollo. En estos años no he hecho otra cosa que esperar este momento. Empecé a escribir poesía en serio. Bueno... –se puso roja–, al menos lo he intentado, con todas mis fuerzas –miró de refilón la hoja de papel arrugada con su poema escrito a mano que seguía sobre la mesa, frente a ella–. Decidí venir a verlo en cuanto pudiera, es decir, cuando ya fuese, de entrada, mayor de edad y mis padres no me salieran con pegas. También he tenido que ahorrar lo mío para pagarme el viaje, claro.

–¿Tus padres objetaron algo?

–Por lo de irme sola, nada más.

–¿Te ayudaron con los gastos?

–Preferí que no. Era cosa mía. Tampoco es excesivo. Ida y vuelta en Avianca me salió por menos de novecientos euros comprándolo con antelación –lo proclamó casi con orgullo.

Su anfitrión ya no agregó nada. Su expresión volvía a ser neutra, pantalla de un rostro surcado por el peso de la edad y la tristeza perenne que envolvía sus rasgos. En cualquier momento podía volver a levantarse.

–¿Sabe que he escrito cientos de poemas tomando como primera línea muchos de sus versos? –dijo ella.

Sostuvo su mirada impasible.

A la defensiva en cuanto se hablaba de él.

–Diga algo, ¿no?

–¿Debería sentirme halagado, impresionado...?

–¡Qué manía con parecer desagradable! –se desesperó.

–Soy desagradable.

–¡Eso es una pose!

–No, Isa –ya no la llamaba «niña»–. Es una realidad. Por eso vivo aquí, solo, apartado del mundo.

Temió hacerle aquella aseveración, pero la hizo.

–Dígame una cosa.

–No.

–¿Por qué habla conmigo ahora? –se lo preguntó igual.

Isaac Estruch hizo un gesto ambiguo, restando importancia o trascendencia al hecho.

–Supongo que eres algo inevitable –dijo.

–Más bien soy algo real.

–Empiezas a impresionarme –esbozó otra de sus sonrisas tenues.

–No creo que aquí, encerrado, viva mucho la realidad. Ni siquiera tiene tele, radio, un ordenador...

–Sé lo que necesito saber.

–Yo soy una ventana que se le abre.

–Lo que faltaba –soltó un bufido–. Como yo te salvé a ti, ahora tú pretendes salvarme a mí.

–No, eso no.

—¿A qué has venido entonces, sólo a que te lea tus poemas, a conocerme, a culminar ese impulso de los quince años, nada más?

—Pensaba que lo sabría cuando lo viera.

—Te estás buscando a ti misma, Isa. Y no es aquí donde vas a encontrarte. Aunque hay algo que sí cuenta.

—¿Qué es?

—El viaje.

Kavafis. Ítaca.

Tenía la garganta seca. Enderezó el cuerpo y atrapó el vaso con el agua que seguía en un extremo de la mesa, junto a los restos de su cena. Mientras bebía buscó la forma de continuar con aquella conversación, mantenerle sentado a la silla, hacerle cómplice de sí misma.

Estaba logrando atravesar aquel inmenso muro.

¿O más bien era Isaac Estruch el que se estaba dejando atravesar?

CAPÍTULO 17

A este invierno
le quedan dos nevadas
y cuatro vientos.

—Me negaba a creer todo lo que se ha escrito acerca de usted.

—¿Y qué se ha escrito acerca de mí?

—¿No lo sabe?

—No.

—¿En serio? ¿Nadie le manda revistas, periódicos...?

—No, ni me interesa.

—No puedo creerlo.

—Pues créetelo.

—¿De verdad pasa de todo?

—De verdad.

No supo si decir aquello. Tampoco vio razón para no hacerlo. Acababa de decirle que en efecto «pasaba» de todo.

—Se le considera un genio loco.

—Ya.

Le dirigió una mirada acerada, molesta. Ella sí estaba enfadada. «Su» maestro

era objeto de comentarios, burlas, insidias, críticas... No quiso volver a parecer una fan. Dominó la irritación que la indiferencia del poeta le producía con dotes de autocontrol por más que alguno de sus gestos o expresiones la traicionaran.

—Isa —se enfrentó de pronto él a su crispación—, de mí sólo se han dicho estupideces. Incluso los halagos lo son. Fue así entonces, y debe ser así ahora. La poesía es un arma cargada con balas de hierro. Balas de verdad. La narrativa es fogueo. La poesía no. La poesía mata, quema, abrasa. Por eso hay tanta gente que escribe poesía, y por eso hay tan poca que sea capaz de hacer unos versos que valgan la pena. La mayoría de los grandes poetas son genios locos. ¿Y qué? ¿Lo soy más que otros porque me fui y lo abandoné todo para encerrarme en una isla?

—Le bastaría con una entrevista. Les daría con un canto en los dientes.

—¿Y para qué quiero yo darles con un canto en los dientes?

—¡Cuenta lo que siente, no sé...! ¡Se fue sin decir nada!

—Escribí lo que sentía en esos tres libros. Todo está ahí. No hay que explicar nada. Ay del artista que ha de explicar su obra.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Me temo que ya estás tú muy lanzada —convino—, y yo muy hablador, atrapado en tus redes en esta noche de rayos, truenos y luces de vela.

—¿Hubo una mujer? —se precipitó sin darle tiempo a más.

Logró impactarle.

Sorprenderle.

—Ya te vuelve a salir la vena romántica.

—¿La hubo?

—¿Por qué tenía que haber una mujer?

—No sé. El amor es un sentimiento poderoso.

—No el único.

—Pero sí el mejor.

—El amor no recluye a nadie en una isla durante veinte años, pequeña —susurró casi con un lánguido e incierto cariño—. Sólo si se mata por amor, y entonces la isla se llama cárcel y el amor deja de serlo para convertirse en egoísmo y posesión.

–¿Simplemente se hartó de todo?

Isaac Estruch aguzó los ojos. Sus pupilas se convirtieron en rendijas, pequeñas oquedades por las que pasó la intención de su mirada.

–¿De verdad no eres periodista?

–¡No!

–¿Ni estudiante de periodismo buscando nota?

–¡No, no, no! ¿He de jurárselo?

El hombre hizo una mueca extraña, mitad indiferente, mitad resignado, dudoso.

–Supongo que no suelo hablar mucho con nadie –admitió.

Les sobrevino un silencio mucho más largo que ningún otro. Silencio cómplice, de calma y serenidad, de recogimiento, de arriar velas para volver cada cual a su posición. Isaac Estruch no parecía ya dispuesto a regresar a su habitación. Ella no controlaba nada, ni mucho menos la situación, pero era el centro de la noche, de sus vidas atrapadas en aquel instante, de un momento quizás histórico.

Aunque la historia se limitase a ellos dos.

Extraños compañeros de viaje.

–¿En serio creía que quería acostarme con usted?

Era la pregunta más inoportuna. Tal vez por ello le provocó un acceso de risa.

–No serías la primera.

–¿Las demás lo consiguieron?

La risa se hizo más abierta.

–Eres una impertinente. Deberías usar eso en tus poemas.

–No sirvo, ¿verdad? –señaló la hoja de papel.

–Yo no he dicho eso.

–Pero supongo que me queda mucho.

–Serás poeta cuando consigas meter un mundo entero en dos o tres líneas.

–¿Algo así como un haiku?

–Sí.

–Dice Osho que sólo un diez por ciento de los haikus que escribió valen la pena.

–Pues aplícate el cuento.

–Usted...

–No.

–No sabe qué iba a decir.

–Te irás mañana.

–Ya, pero...

–No soy un maestro. No soy nadie. Que estemos hablando no significa nada, ¿entiendes? –recuperó la seriedad de golpe.

Isa soltó una bocanada de aire, impresionada por su tono.

–Bien, aunque alguien sí es.

–Mañana.

–Que sí.

Isaac Estruch asintió, categórico, desplazando la cabeza de arriba abajo. Ella se mordió el labio inferior.

–Supongo que es más de lo que podía soñar.

–Agradéceselo a la tormenta.

–No vuelva al escudo antimisiles, por favor.

No llegó a sonreír, pero la mueca casi fue otra manifestación de mesurada alegría y reconocimiento.

–Dios –suspiró–, recuerdo lo simple que se puede ser a tu edad.

–Vale.

–Es un elogio.

–Pues no lo parece.

–¿Tienes novio?

–No.

–Claro.

–¿Por qué claro?

–Una poetisa. Seguro que se ríen de ti.

–No enseñe a nadie mis poemas.

–¿Vergüenza?

–No. Es que me importa muy poco lo que me digan de ellos o de mí.

–Vaya, un primer atisbo de cordura.

–Usted también dijo eso hace veinticinco años, que nadie podía juzgar el corazón de otro ser humano.

–Sigue siendo válido. Por eso no entiendo qué puede importarte lo que yo opine de tu trabajo.

–Usted es diferente.

–Te he dicho que eso es malo –señaló la hoja de papel con el poema–. ¿Me harás caso?

–No –se atrevió.

–Bien.

–Pero me habría gustado que le pareciera bueno.

–Vuelve dentro de veinte años.

–¿Estará aquí?

–No, pero la casa sí, y la isla.

CAPÍTULO 18

En el otoño
caen tristes las hojas
de nuestros ojos.

La isla.

Un pedazo de tierra unido con el mundo por un cordón umbilical invisible,
oculto bajo las aguas.

Con el cielo como techo.

—¿Por qué esta isla?

—Es perfecta.

—Hay islas más lejanas. Pascua, por ejemplo: el lugar habitado situado a más distancia de cualquier otro lugar habitado.

—No importa la distancia. Importa cómo sientas tú aquí esa isla —se llevó una mano a la frente.

—¿Ha escrito algo en estos años?

Era la clásica pregunta que le molestaba, y lo sabía. Aun así acababa de hacerla, a caballo de sus impulsos.

Isaac Estruch se tomó su tiempo.

Pensaba que le diría que no era cosa suya.

—No.

- No es posible.
- El mundo según Isa.
- ¡No puede haber estado veinte años aquí sin hacer nada!
- ¿Ah, no? –tropezó con su expresión de sorpresa.
- ¡No!
- He hecho muchas cosas.
- ¿Cuáles?
- Pescar, leer...
- ¡Eso es no hacer nada!
- Nadie me ha traído la comida, ¿sabes?
- ¿Y los del pueblo?
- ¿Crees que les importa quién soy yo?

Isa recordó al pescador que la había llevado hasta allí. Al preguntarle de quién era la casa le había respondido que «de nadie».

Quizás le protegieran. Quizás le ignoraran.

Gentes sencillas y humildes, desconocedoras de otra cosa que no fuera su propia supervivencia y para las que un poeta no era sino un anacronismo.

–Habrà ido a Cartagena de Indias.

–Sí, pero cada vez menos. Está llena de turistas estúpidos y edificios esperpénticamente altos.

–El mundo según Isaac Estruch –le devolvió su anterior comentario.

–Alguien debería darte una buena tunda.

–Adelante –curvó sus labios hacia arriba, en lo que sabía que era una de sus expresiones más resultonas y encantadoras.

Su anfitrión resopló como una ballena.

–¿Quieres provocar una reacción?

–No –cambió casi en el momento de decirlo–. Vale, perdone. Supongo que todavía sigo nerviosa.

–No me lo parece.

–Imaginaba esto de otra forma.

–¿Alegría? «¿¡Oh, qué bien, gracias por venir!?» «¿Se quedará a cenar?», «¿Quieres que sea tu Pigmalión?», «¡Pasa, pasa, esperaba a alguien como tú, una luz en mi oscuridad!»...

–¿A qué viene esa nueva dosis de amargura?

–¿Crees que soy amargo?

–¿Quién huye del mundo sin más, en pleno éxito?

–Otra vez el éxito –se pasó una mano por la cara.

–¡Lo tenía!

–Resume mi éxito en diez líneas.

Hizo acopio de aire.

–Poeta nuevo, tardío, inesperado. Publica su primer libro a los treinta y cinco años después de recorrer medio mundo y hacer mil cosas distintas. El poemario no tiene la menor repercusión, pero su nombre se graba con fuego en la mente de algunos tótems y enciende la lucecita en algunos cenáculos. Lo justo para ser introducido en ellos, cosa a lo que se niega. Mantiene su independencia, su libertad, su misterio, y tras siete años de espera, a los cuarenta y dos, publica su segundo libro. Llega el éxtasis. Se convierte en el referente generacional del momento, un revulsivo. Algunos cantantes y grupos graban sus poemas y triunfan. Ese impacto arrastra al primer libro, que se recupera y ahora sí triunfa, demostrando que se había adelantado a su tiempo. Recibe los más preciados galardones pero nunca recoge ninguno. Inicia su leyenda de maldito. Huraño, se encierra, casi desaparece, aunque no en una isla. A los cuarenta y siete años publica su tercer libro, el más voluminoso y denso, que es el que dispara la confrontación: unos lo saludan de nuevo como a un genio que ha creado una obra inmortal, compleja, abrumadora, y otros se lo cargan, le llaman «pretencioso», loco. En medio de la polémica, que dura meses, usted desaparece. No responde a nada. No da entrevistas. Llega el silencio, la espera. Hasta que se descubre que está en esta isla, apartado del mundo. Es lo que acaba de disparar la leyenda. Una leyenda que no ha dejado de crecer a lo largo de veinte años...

–Ya llevas más de diez líneas –la interrumpió.

–¿Me dejo algo?

–Sólo has hablado de libros y de éxito.

–Ya.

–¿Y el motor?

–¿A qué se refiere?

–Necesitas un motor que te obligue a escribir, Isa. A escribir y a seguir. ¿Tanto te cuesta creer lo que te he comentado antes, que ya lo había dicho todo?

–Uno dice cosas hasta que se muere.

–En tu mundo.

–¡En cualquier mundo!

–Entonces es que morí hace veinte años.

–No diga eso –volvió la luz titilante y húmeda a sus ojos–. Eso no, por favor.

–Es lo malo de las leyendas, los mitos: que los forjamos a la medida de cada cual, según nuestro anhelo, sin tener en cuenta que todos tienen pies de barro y que eso es parte de su naturaleza humana. Nadie debería conocer al autor de su libro, canción, poema o cuadro favorito. Es un desengaño. Y a veces un desengaño brutal.

Cayeron dos lágrimas por sus mejillas.

Tragó saliva.

Y por alguna extraña razón, vio compasión en los ojos de Isaac Estruch.

Algo inédito hasta ese momento.

CAPÍTULO 19

¿Quién tocará
tu balada final,
si ya estás solo?

La pregunta fue casi un rezo.

En la penumbra que los rodeaba, bajo la mortecina luz de la vela que proyectaba sombras esquivas en sus rostros y alimentaba el misterio, sin apenas darse cuenta de que la tormenta ya no hacía retumbar su entorno aunque seguía lloviendo, la voz de Isaac Estruch se revistió de una dulce intimidad.

—¿Qué es para ti la poesía?

Isa no se lo pensó dos veces.

—Una liberación.

—¿Por qué?

—Mi mente flota, las ideas van y vienen como moscardones, zumbando. Es como tener un millón de burbujas en la cabeza y al mismo tiempo notar la paz, el silencio, la comunión íntima entre el poema y tú.

—¿Qué sientes al escribir un poema?

—A veces rabia, a veces frustración...

—¿Qué sientes? —insistió.

—Bueno... primero es como una explosión sensorial, y, a medida que los versos

surgen, cobran forma, vida, y se asientan en el papel...

–Háblame de esa «explosión sensorial».

–Es que los sentidos interactúan, todos, a la vez. Mi cuerpo se eleva.

–Tu cuerpo.

–Sí.

–Interesante –concedió él.

–¿Qué sentía usted?

Fue más que una demora, o una reflexión. Fue el silencio puro.

–¿No puede decírmelo?

–Violencia.

Isa asintió.

–Sus primeros poemas son duros, sí. ¿Cómo surgió «Pasión»?

–¿Me estás entrevistando otra vez?

–Por favor...

–Fue hace mucho tiempo. Demasiado.

–Siempre pensé que lo hizo después de un amor turbulento, o de una noche única.

–Qué tontería.

–¿No es así?

–¿Crees que sólo se puede escribir algo como «Pasión» después de un amor turbulento, y no sentado en el inodoro o esperando en la cola del cine?

–No, no se puede escribir algo así sin haber estado sometido a la tiranía del amor.

–¡La tiranía del amor! –levantó ambas manos al cielo–. ¿Qué sabes tú del amor y de sus tiranías?

–Lo suficiente.

–Me has dicho que no tienes novio.

–En efecto.

–¿Lo has tenido?

Isa se encogió de hombros.

–Es tu turno. Vamos.

–Ya sabe –apartó sus ojos de los suyos un instante revelador.

–No, no sé –dijo él–. Puede que mis diecinueve años fueran distintos de tus diecinueve años, por el paso del tiempo y otras menudencias, o porque yo soy hombre y tú mujer, o porque la apasionada y romántica eres tú.

–He tenido devaneos.

–Oh, devaneos –lo proclamó sin énfasis–. ¿Te enamoraste de un vecino a los once o doce, de algún cantante guapo a los trece o catorce, de algún compañero de escuela inalcanzable a los quince o dieciséis?

–No fue así.

–Entonces es que te acostaste a los dieciséis o los diecisiete, quizás antes, por probar, te salió mal y te defraudó el sexo. Por eso la poesía es tan importante. Es tu refugio. Con ella te sientes especial, diferente. Es tu escudo.

Sentía el hervor de sus mejillas. Lo que no sabía era si ese rojo cárdeno era visible con la luz de la vela, al otro lado de la mesa.

–No.

–¿No todo, parte...?

–Simplemente no.

–¿Tanto ha cambiado el mundo en veinte años?

–A los trece apareció mi problema, y a los catorce se agudizó, así que mi adolescencia terminó antes de empezar. Con la operación a los quince hubo un antes y un después. Hasta los dieciséis no empecé a tener una vida normal y a los diecisiete sí, tuve un novio. Duró tres meses y me jodió, mucho. Me hizo un agujero en la cabeza así –unió sus dos pulgares y sus dos índices formando un círculo imaginario.

–El gran primer amor –musitó él.

Isa no le respondió.

–Lo siento –dijo Isaac Estruch.

–¿Lo siente?

–Son tus sentimientos, y los has compartido conmigo. No tengo derecho a ser

irónico o mordaz con ellos, por más que tu presencia aquí sea extemporánea e inoportuna.

—¿Todavía le molesto?

—Da igual.

—Bueno —suspiró Isa—. Ha dicho que lo siente. Es un progreso.

—Eres fuerte, ¿sabes?

—No, no lo soy. Cero en psicología.

—No estarías aquí si no lo fueras.

—¿Soy fuerte porque he cruzado el Atlántico para verlo? A veces creo que empecé a correr cuando me diagnosticaron lo mío, y que aún no me he detenido.

—Lo eres por buscar tu camino, o tu destino. Eso es lo que nos hace fuertes. Mucha gente sólo espera, no hace nada, o da vueltas en círculos, lamentándose, bajando la cabeza ante los problemas. No es fácil mirarlos fijamente e ir a por ellos. La mayoría de las personas son como los perros de la lluvia. El agua ha borrado sus rastros, los olores de su mundo, y caminan perdidos a la búsqueda de recuperarlos. No hay nada más triste que un perro perdido.

—¿Cuánto tardó usted en encontrarse a sí mismo?

—Toda la vida.

—¿Y...?

—Sigo en ello.

—¿En serio? Lo dice por hacer una metáfora bonita, ¿no?

—Creo que no descubrimos la verdad hasta el instante de morir, y entonces ya es demasiado tarde.

—Usted ha sabido siempre lo que quiere.

—Según tú, huí del mundo para refugiarme aquí.

—Motivaciones aparte, quiere estar aquí, está seguro de eso.

—Hay mucha diferencia entre el ser humano que somos, el que creemos ser y el que creen los demás. Es un triángulo equilátero perfecto, con tres ángulos muy cerrados. Los tres lados son igual de seguros.

—Usted se siente vulgar, los demás lo ven como un genio loco, y en realidad es una persona vulnerable, con todas sus limitaciones, ¿es así?

–No soy un genio, no me adules, pero tampoco soy vulgar. Te equivocas en eso. Quizás todo se resuma en algo muy simple: que me he apartado del mundo porque me da miedo.

–El mundo debería temerle a usted.

–No seas ingenua. ¿No dices que has leído todo lo que se ha escrito de mí? Apuesto lo que quieras a que la mayor parte es basura.

–¿Le dolió lo que dijeron de su tercer libro? ¿Fue la causa de que abandonara el mundo? ¿Fue eso lo que le cansó y le obligó a pensar que ya lo había dicho todo?

CAPÍTULO 20

Oh, qué gran día.
Este sutil momento
de paces quietas.

Le había dicho que buscaba espejos, pero quizás fuese él quien se encontrase ahora delante de uno, porque la pregunta de Isa flotó en el aire, temblando lo mismo que lo hacía la llama de la vela, rápidamente consumida.

—No —dijo él.

—¿En serio? No parece muy convencido.

—Fue hace veinte años.

—Fue la decisión que cambió su vida y le llevó hasta aquí. En estos casos imagino que los recuerdos se graban a fuego y perduran siempre.

—¿Tanto te cuesta creer que me vacié y ya no sentí la necesidad de volver a escribir nada más?

—¡Un artista no puede...!

—¡Eh, eh! —la detuvo al ver cómo se disparaba su lado más enfático y peleón—. En una botella de un litro no cabe más que un litro. Y eso da para cuatro vasos y nada más.

—¿Cuántas veces ha estado enamorado?

Isaac Estruch parpadeó.

– Pareces una ametralladora.

– ¿Dos, cinco, sólo una?

– Una ametralladora impertinente y curiosa.

– ¡Usted me ha preguntado eso a mí!

– Es distinto.

– ¡No veo por qué!

– A los jóvenes os gusta hablar del amor, de los buenos y los malos. Es una especie de masoquismo consentido. A los adultos no. El dolor es distinto.

– Así que le dolió.

– Yo no he dicho eso.

Isa miró la fotografía de la mujer joven de aspecto latinoamericano que sonreía bajo una palmera. La única imagen reciente de todas las escasas fotos que guardaba en aquel estante.

El dueño de la casa siguió la dirección de sus ojos.

– Si abres la boca, te echo –la previno.

Ya la tenía abierta, así que la cerró de nuevo, de golpe.

No quería tentar a su suerte.

Hacía rato que los rayos habían dejado de cruzar el cielo e iluminar la tierra. Hacía rato que ningún trueno estremecía la casa. Incluso el viento daba la impresión de comenzar a menguar. La única persistencia era la de la lluvia, monótona, así que el silencio interior chocaba con el murmullo exterior, que los envolvía igual que un manto del que apenas eran conscientes. Cuando sus voces no les acompañaban, se enfrentaban a él. La vela era una metáfora de la vida. Daba luz, pero se destruía a sí misma en su empeño, menguando más y más.

– La de años que no hablaba tanto –rezongó el poeta.

– Se lo agradezco.

La estudió de hito en hito, de forma diferente a las otras veces. Isa sintió sus ojos removiéndole la mente.

– Eres de las que consigue lo que quiere, ¿verdad?

– No.

– Puede que no seas consciente de ello, pero es así.

–Entonces me alegro.

–Joven, guapa, cargada de sueños...

–Herida.

–También, pero eso ayuda a forjar el espíritu.

–Habría preferido no forjarlo y no pasar por lo que pasé.

–Nadie elige las cartas con las que juega. Se las dan.

Isa se encerró en una pequeña burbuja mental de la que salió casi al instante. Fue apenas una abstracción momentánea.

–Sabe que esta noche marcará mi vida.

–Tienes muchas noches por delante.

–Pero sabe que ésta es especial.

–¿Sólo porque has conseguido atravesar mis defensas y hablar conmigo?

–Atravesar sus defensas... –lo aceptó–. Supongo que todos tenemos máscaras, corazas detrás de las cuales nos ocultamos, celos y prevenciones que nos hacen permanecer en vilo, para que los demás no nos hieran por nuestro lado más débil.

–¿Defraudada?

–¿De usted? ¡No!

–Sé sincera.

–¡Se lo juro, no!

–¿Qué esperabas?

–¡No lo sé!

–¿No oíste decir que al último periodista que intentó acercarse lo eché a los tiburones?

–Sí –sonrió.

–Entonces no me digas que no sabes lo que esperabas.

–Supongo que esto –abarcó la casa con una mano abierta–. Estar aquí, así, hablando con usted.

–Tan fácil.

Ella se encogió de hombros.

–La vida es sencilla, ¿cierto? La complicamos nosotros –dijo él.

–Sí.

–Lo malo es que a tu edad las cosas se idealizan y todo es blanco o negro.

–A mi edad es cuando se forja el espíritu, se define el carácter definitivamente, los sueños se ponen en marcha y aparecen los primeros cánceres reales de la vida.

–Dios... pareces una vieja de diecinueve años.

–Y usted un joven de sesenta y siete.

Isaac Estruch miró su reloj.

–Un joven que sigue una rutina y que mañana notará la falta de sueño y tendrá que romperla porque son las tantas y estamos aquí hablando como si tal cosa, lo cual me parece increíble.

–¿Sigue una rutina?

–Sí. ¿O te crees que no hago nada salvo tomar el sol?

–No sé.

–Madrugo, me levanto al alba...

–Tómese un respiro.

–Alucinante. ¿Lo decís así, alucinante? Apareces de la nada, te metes en mi casa aprovechando una tempestad, me tienes en vela, y ahora intentas cambiarme la vida, aunque sólo sea por un día. Podrías estar realmente loca y ser una asesina psicópata, como Mark David Chapman.

–¿Quién es ése?

–El loco que mató a John Lennon.

–Ya.

–¿Cómo son tus padres?

–Normales.

–¿Y eso qué significa?

–Gente trabajadora, honrada, sin suerte.

–Un momento, ¿sin suerte?

- Quiero decir que nunca les ha tocado la lotería, ni les ha pasado nada relevante.
- Muchas personas querrían tener esa clase de suerte.
- Ya me entiende.
- De entrada, te tienen a ti.
- No les he dado demasiadas alegrías. Primero mi enfermedad, después lo de querer ser poeta. Ahora mismo mi madre estará sufriendo pensando en su pobre hijita, sola por estos mundos de Dios. Sufre de los nervios debido a lo que me pasó.
- ¿Qué estudias?
- Veterinaria. Mi padre siempre me decía que los animales son mejores que las personas. Y acabé estando de acuerdo.
- ¿Y te gusta?
- Me gusta la veterinaria, sí, pero también me gustaba la biología, y me encanta viajar, y a veces pienso en dejarlo para hacer algo de letras y estar en contacto con la literatura, pero no lo tengo claro. Puede que lo haga luego, no sé. Perdí más de un año con el tema de la operación, el antes y el después.
- ¿Tienes hermanos?
- Una hermana mayor.
- ¿En qué trabaja tu padre?
- Trabajan los dos. Él en un banco. Mi madre en una guardería.
- No les des la espalda. Nunca.
- No lo hago.
- Ni les juzgues demasiado severamente. Siempre hacen lo que pueden. El noventa y nueve por ciento de los padres lo hace.
- Les quiero.
- Pero estás aquí, al otro lado de su mundo. Seguro que nunca has ido tan lejos.
- Una vez fuimos de vacaciones a Varadero.
- Pero sola...
- No.
- La niña vuela.

–Mi madre me dijo que, si conseguía verlo y hablar con usted, le diera un beso de su parte.

–Vaya –plegó los labios hacia arriba.

Isa se enderezó en la silla.

–¿Puedo...?

Isaac Estruch la observó con recelo.

–¿Es de parte de tu madre?

–Sí.

Volvió el silencio. Y no hizo falta que él hablara. Ella se incorporó, rodeó la mesa, se inclinó y le besó en la mejilla, con dulce cadencia, con una ternura que lo hizo estremecer sin darse cuenta.

Apenas una vibración.

Isa regresó a su lugar.

Sus miradas se encontraron por encima del calor de la llamita de la vela.

–No sé si serás poeta, pero eres una buena persona –suspiró su anfitrión.

–Seré poeta –dijo ella.

CAPÍTULO 21

¡Qué rapidez!
Se marchó ese minuto.
Ni lo aprecié.

–Sí, supongo que sí, que lo serás –el tono de Isaac Estruch fue crepuscular.

Mezcla de nostalgia y orgullo.

Para Isa fue como un bálsamo.

–Pero ha dicho que éste era malo –puso un dedo sobre el arrugado papel, que seguía sobre la mesa.

–¿Y qué importa eso?

–Mucho.

–Haz caso de tu instinto, nada más.

–Tengo una libreta llena de poemas –señaló la mochila.

–No me los enseñes.

Ella bajó los ojos.

–No quería...

–Isa, mírame.

La obligó a levantar de nuevo la cabeza para centrar sus pupilas en él.

–Te lo he dicho antes, ¿recuerdas? Serás poeta cuando consigas meter un

mundo entero en dos o tres líneas. Eso y que yo no soy un maestro, ni quiero serlo, ni quiero que creas que puedo ayudarte, porque la única que puede hacerlo eres tú. Si quieres ser médico, estudias medicina, te dan un diploma y ya puedes ejercer. Y lo mismo un abogado o un arquitecto. Pero no hay una carrera de escritor ni de poeta. Cada cual debe buscarse la vida por su cuenta. Eso es el arte en general, la experimentación, la forma en que interpretamos la vida. Y cada cual lo hace a su manera, de acuerdo con su idiosincrasia.

—Pero hay gente que escribe una línea y ya demuestra lo que vale.

—¿Sabes cuántos cientos, miles de poemas quizás, escribí yo antes de publicar mi primer libro?

—No.

—Lo hice. Es el tiempo el que nos da la medida de todo. Puede que escribas la vida entera y nunca logres no ya la excelencia, sino la simple calidad necesaria que te haga merecer publicar. Y puede que de pronto aparezca en ti la llama genuina de la diferencia. Eso es lo que has de buscar. Y cuando llegue lo sabrás, sin necesidad de que nadie te lo diga.

—Usted dijo una vez que un poema es la forma más pura con la que manifestamos el arte.

—¿Yo dije eso?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Lo leí.

—Puede que sí, que lo dijera. Recuerdo que al comienzo incluso concedí alguna entrevista, cuando llegaron los premios y caí en la trampa de sentirme reconocido, o en deuda con los que me premiaban y el mundo en general. Pero ya no me acuerdo.

—¿Aún cree en ello?

—Diría que es la forma más simple y sencilla con la que manifestamos el arte, y al mismo tiempo también es la más compleja. Uno no escribe un poema en cinco minutos o una hora, sino según la edad que tiene. Si tienes diecinueve años es que has tardado diecinueve años en escribir ese poema. Si tienes noventa es que has tardado noventa. Cada línea, cada verso, es la suma de toda tu vida. ¿Quiénes son tus poetas favoritos?

–Usted, Rimbaud, Machado, Dylan...

–¿Dylan Thomas?

–Bob Dylan.

Isaac Estruch esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Aún canta?

–Sí, claro. Tiene una cara de palo que asusta, pero sigue en la brecha.

–Hace siglos que no lo escucho ni sé de él.

–Ganó un Óscar.

–¿Qué?

–Y el Pulitzer.

–Y sin dar ni una entrevista ni hacer concesiones, ¿a que sí?

–Imperturbable –le acompañó en su sonrisa.

–Jodido cabrón...

–Señor Estruch...

–¿Te das cuenta de que es la primera vez que me llamas así?

No supo qué responderle.

–¿Y que sigues llamándome de usted?

–¿Quiere que le tutee?

–¿Quieres tutearme?

–No sé si me saldría.

Isaac Estruch se limitó a mover una mano.

Eso fue todo.

–¿Qué ibas a decir?

–Iba a preguntarle si sabe que sus libros se siguen vendiendo a cientos, en España y en muchos países.

–Sí, lo sé –asintió–. Mi editor me manda los derechos cada año. No es mucho, pero me permite vivir.

–¿No se siente orgulloso?

–Por supuesto.

–Pero no tanto como para escribir otro libro... o regresar.

–¿Tan importante te parece?

–Sí.

–No me refiero a lo físico, sino a la poesía.

–Sería un acontecimiento.

–¿Me ves rodeado de la atención pública, periodistas, flases... y con toda una parafernalia del tipo «Ha vuelto», «El regreso del poeta maldito», «Después de veinte años en una isla, Isaac Estruch retorna a la civilización», «El Robinsón poeta de nuevo en casa»...?

Ella lo meditó.

–No, supongo que no –tuvo que aceptar.

–Sería una atracción de feria, Isa. Algo de lo más patético.

–Yo no lo veo tan drástico.

–Yo sí.

–¿Y por eso no vuelve, porque es tarde?

–Nunca es tarde, pero no me interesa nada de lo que hay allí.

–¿Y si...?

Algo había cambiado. En los últimos dos o tres minutos, tal vez en la parte final de la conversación. Algo inesperado, de pronto.

Imperceptible.

Pero suficiente.

Isa dejó su última pregunta sin terminar. Isaac Estruch le echó un vistazo al reloj. Su rostro reflejó un súbito cansancio. Las sombras diseminadas por la llamita de la vela, ya agonizante, hacían que sus arrugas, los pliegues de su piel, se multiplicaran por mil. Parecía un hombre envejecido inesperadamente. Los ojos se cerraron y abrieron con lentitud. Las comisuras de sus labios se deslizaron hacia abajo. Incluso su envergadura humana se encogió.

–Es tarde –musitó envolviendo las dos palabras en un suspiro.

–No, espere...

No pudo evitarlo. El poeta se levantó de la silla. Recuperó con ello su halo fantasmal, iluminado desde abajo. El primer paso hizo algo más que apartarlo de la escena.

Lo llevó a mil años luz de distancia.

–Duerme un poco –le aconsejó.

Isa se limitó a mirarlo, con el alma encogida.

Isaac Estruch pasó por su lado. Hizo algo inesperado: le puso su mano derecha en la cabeza. Una fracción de segundo.

Después alcanzó la puerta de su habitación, se metió en ella y la cerró muy despacio.

CAPÍTULO 22

Tras la ventana,
la noche me seduce,
y me acompaña.

Se sintió fastidiada.

Como si hubiera metido la pata sin saber cómo ni por qué.

Miró la puerta de la habitación del dueño de la casa con un vivo sentimiento de impotencia sazonado con una generosa ración de rabia. Había conseguido estar allí, meterse en su vida, hablarle y que le hablara, y aún así... le parecía poco.

Quería más.

Tal vez sí fuese una fan, loca, absorbente, ansiosa, de las que nunca tiene suficiente.

No pudo quedarse sentada. Se incorporó y paseó por la estancia igual que un perro enjaulado, arriba y abajo. A la vela le quedaba menos de un suspiro. La llama ya no hacía más que chisporrotear, agitando las sombras, produciendo movimientos danzantes a su alrededor. Volvió al estante de las fotos y examinó el de la mujer de la palmera. Era hermosa. Exuberante y hermosa. Ni en una vida lograría desentrañar todos los misterios que envolvían a Isaac Estruch. Y de hecho le importaban poco. Salvo por curiosidad natural, por querer saber más de su ídolo literario, la verdadera esencia de sí mismo seguía encerrada en su obra. Su corta, breve y decisiva obra.

—Si le has querido, espero que se lo hayas dado todo, o que se lo estés dando —le

dijo a la mujer de la foto—. Y si te ha querido o aún te quiere él a ti, considérate afortunada.

¿Y si lo que le había importado a aquella mujer, o le importaba, era el hombre, no el poeta?

Dejó el retrato y caminó hasta la ventana. La lluvia amainaba. Habría salido al exterior, a pasear y respirar aquel aire tan puro, de no ser porque ya se había mojado dos veces y por la mañana quizás no tuviera la ropa seca. En la mochila tampoco llevaba un ajuar. Todo era de quita y pon. Al otro lado del cristal presenció la nueva quietud de los árboles, apenas intuidos como sombras furtivas, en paz tras la tormenta. Pese a la lluvia, en el cielo se abrían ya algunos claros y se vislumbraban las estrellas.

¿Había visto en realidad a un fantasma?

¿El espectro animado del Isaac Estruch que había ido a buscar desde Barcelona?

—¿Y si a nadie le importa que vuelvas? —susurró sin apenas voz.

«Una atracción de feria. Algo de lo más patético.»

El iluminado que regresaba a la «civilización».

La isla, su isla, era su civilización.

Los tres libros de poemas, su legado.

—Todo artista tiene el derecho de decidir sobre su vida y su obra —musitó.

Recordó uno de sus libros favoritos, *El manantial*, en español, *The fountainhead*, en inglés, y también una de sus películas emblemáticas y más reveladoras, basada en el mismo libro, con Gary Cooper de protagonista y Patricia Neal de compañera. La novela se publicó en 1943 y su autora era Ayn Rand. Se la habían rechazado doce editores. El título estaba extraído de una cita de la propia Ayn: «El ego del hombre es el manantial del progreso humano». La película era de 1949 y la dirigió el maestro King Vidor.

En la novela, cuya decisiva trascendencia había dado pie a la aparición de un movimiento filosófico llamado «objetivista», Howard Roark era un joven arquitecto, libre, independiente, apasionado y visceral, que luchaba contra los cánones establecidos, las estéticas anticuadas y el pasado, proponiendo una nueva arquitectura de formas limpias, útil y armónica. A mitad del siglo XX, en Nueva York todavía se construían edificios adornados con columnatas de inspiración griega, capiteles dóricos, jónicos, artesonados y esculturas clásicas. Howard Roark era un referente del futuro, pero el crítico de arquitectura más

famoso de la ciudad de los rascacielos lo destrozaba no por ser malo, sino por ser brillante. El crítico aseguraba que el ser humano sólo podía sobrevivir en la mediocridad, y que Roark tenía que ser destruido porque era el mejor, alguien peligroso. Alguien genial en un mundo vulgar. En el pasaje crucial del libro, y por tanto de la película, Howard Roark destruía un complejo de edificios diseñado por él aunque firmado por un colega, porque no se había respetado su proyecto. Los cambios atentaban contra la dignidad arquitectónica del conjunto, pero más contra su derecho de autor. Como tal, hacía saltar por los aires los edificios, y se le llevaba a juicio. En él, Howard Roark defendía su derecho a destruir lo que él había creado, porque era el dueño absoluto de ello.

En la última escena, que recordaba vivamente y le ponía los pelos de punta cada vez que la veía, Howard Roark construía el rascacielos más alto de Nueva York, y mientras estaba en la cumbre su compañera subía en el ascensor de la obra y lo veía como un gigante, coronando el altísimo edificio.

El manantial era un canto a la libertad, a la independencia de la creatividad, al supremo don de la propiedad intelectual. Un grito de la supervivencia humana.

Isaac Estruch era Howard Roark.

Sólo que él no destruía su obra: se destruía a sí mismo.

O no, sólo decidía que su obra ya estaba hecha.

Lo comprendió de pronto.

Se quedó delante de la ventana dos o tres minutos, sin reaccionar ante aquella revelación interior. Nunca había comparado a Howard Roark y a Isaac Estruch, y los paralelismos eran más que evidentes.

Sintió una opresión en el pecho.

Tenía diecinueve años y estaba en el vértice entre el pasado y el futuro. Habría un antes y un después de ese día, como lo hubo con la operación y el descubrimiento de aquel libro y de su autor.

Vértices. Vértices. La vida estaba llena de ellos. Aristas que siempre dejaban huellas de sangre.

–Nunca podré penetrar en tu mente, ¿verdad? –su aliento empañó el cristal–. En cambio tú has penetrado en la mía, y me has poseído, igual que una virgen ansiosa.

Ya no pudo más. Caminó hasta el sofá y se tendió en él, mirando la llamita. A lo largo de los siguientes dos o tres minutos el hilo ígneo pugnó por mantenerse

vivo, apurando los retazos de la mecha que aún ardía sosteniéndolo. Cuando empezó a estremecerse, agónica, la llama tembló agitada, casi desesperada. No había corriente de aire, pero vaciló, chisporroteó... y de pronto se consumió por completo.

La estancia quedó a oscuras.

Isa continuó con los ojos abiertos un tiempo indefinido, hasta que los cerró sin darse cuenta.

MAÑANA

CAPÍTULO 23

Noche de luna.
Tan llena como un grito.
Ojos que lloran.

No tenía sueño, pero estaba agotada.

Más mental que físicamente.

Primero fue un duermevela inquietante, en el que se mezclaron sueños y realidades, hasta que los primeros se impusieron a las segundas. En algún momento dejó de llover y el silencio, la calma tras la tormenta, se impuso a su alrededor. Eso la meció igual que si un millar de manos amorosas la acunaran, aunque proyectándola hacia una esfera particular de su somnolencia.

Allí estaba su padre.

—¿Poesía? ¿Quién vive de escribir poesía, cariño? Estudia, trabaja, gánate la vida, y escribe toda la poesía que quieras mientras tanto.

—Papá, no puedo embrutecer mi mente con lo vulgar y luego pretender alcanzar la excelencia escribiendo.

—¿De qué estás hablando? ¿Lo vulgar? ¿La excelencia? ¿Acaso todos los que trabajamos, por necesidad, para vivir y sobrevivir, aunque no nos guste lo que hacemos, somos vulgares?

—No todo el mundo es igual.

—¡Afortunadamente! ¿Tú oyes eso, Laura?

Su madre.

Resignada, humilde, siempre rodeada de niños pequeños que se le iban antes de que pudiera quererlos del todo, aunque entonces otros llegaban a la guardería. Y pronto tendría que dejar su trabajo, porque para lidiar con ellos se necesitaba gente mucho más joven.

–Yo soy suiza.

–¡No puedes ser neutral en esto! –gritaba su padre.

–Lo único que me importa es que esté bien, Carlos.

Su madre, pesimista y negativa, siempre creyó que se iba a morir.

La escena cambiaba.

Permanecía ella, pero su padre se había ido.

–¿Qué harás si te pasa algo, tan lejos, tan sola?

–¿Qué quieres que me pase, mamá? Además, ni que me fuera a un país africano sin medios. ¿Te crees que en Colombia no hay médicos o qué?

Otro limbo. El sueño parecía una goma de mascar. Sin forma ni dimensión, saltaba de una escena a otra, de unos personajes a otros. Le llegaba el turno a Elsa, su amiga.

–Me gustaría acompañarte.

–Esto lo he de hacer sola.

–Voy contigo hasta Cartagena, yo me quedo en la ciudad y tú vas a verlo.

–No, no.

–¿Vas a ligar sin mí?

Ligar.

¿Cuándo había ligado?

Toda su experiencia se limitaba a unos pocos escarceos, un seminovio, algunas noches locas...

En especial aquella noche, la primera.

–Qué estúpida...

–No seas tonta. Hiciste lo que era más normal, lo que habría hecho cualquiera. No sirve de nada arrepentirse.

–No estoy arrepentida, sólo desconcertada. Creía conocerme bien.

–Nadie se conoce bien. Reaccionamos según las circunstancias.

¿Quién le hablaba?

No tenía rostro, sólo voz. Tal vez fuera su subconsciente.

–Déjame en paz. Estoy dormida.

–No, estás despierta. Lo otro era un sueño.

–No ha sido un sueño. He estado con él.

–¿Y no era mejor haberlo deseado que haberlo cumplido?

–No, ino!

–Eres una ilusa.

Inocente, inocente, inocente.

Se vio en la cama del hospital, frágil, condenada a una existencia dependiente, siempre en vilo, controlada por los médicos que la examinaban periódicamente.

Quería escribir.

Escribir tantos poemas...

Quería...

Abrió los ojos de pronto, sin más, y durante unos instantes sueño y realidad todavía se mezclaron en su mente. El corazón le latía rápido, jadeaba, pero no era consciente de haber sufrido ninguna pesadilla. Venía de una nada nebulosa.

Miró el techo de la casa, hecho de madera.

La luz del amanecer penetraba espléndida por las ventanas, anunciando un día mágico en el paraíso. Al otro lado, las palmeras y los árboles ni se movían. El cielo era azulado, intensamente azulado. Hacía ya calor. Parecía imposible que apenas unas horas antes una tormenta les hubiera azotado hasta la inclemencia.

Permaneció tumbada en el sofá un par de minutos más, ordenando sus ideas, atemperando la agitación de su corazón, equilibrando su respiración. Cuando lo hubo hecho puso sus pies descalzos en el suelo, se incorporó y caminó en dirección a la puerta sin hacer ruido.

Al abrirla, recibió de lleno el aroma de la mañana, la intensidad de los olores después de la lluvia, como si la tierra se abriera y se los regalara todos, para emborracharle los sentidos. El sol despuntaba a lo lejos, por encima de las aguas

plácidas. El mar era un espejo. Ni siquiera había olas irrumpiendo en la playita, sino que la besaban con la suavidad de una mano que la acariciase, sin levantar espuma.

–Dios... –suspiró.

Cerró la puerta a su espalda y caminó hasta la playa. Los restos de su tienda de campaña se le hicieron visibles antes de llegar a ella. Estaban incrustados entre las matas espinosas al pie de un árbol, irreparables, destrozados. Pensó en recogerlos, para no dejárselos a su anfitrión, pero decidió hacerlo después.

Primero, el agua.

Un baño.

Se quitó la ropa, se quedó desnuda y se zambulló en el mar.

Jamás se había sentido más libre que en aquellos largos segundos que duró su inmersión antes de volver a sacar la cabeza del agua y echar a nadar.

CAPÍTULO 24

Orilla suave,
mis pies se hunden en ti,
arenas blancas.

El agua estaba increíble, deliciosa, tan transparente que se veía la arena blanca y los peces de colores que la poblaban casi podían acariciarse con la mano. Ellos mismos se acercaban curiosos y picoteaban los pies de Isa si se detenía el tiempo suficiente.

Nadó lo que quiso, con cadencia, arriba y abajo de la playa, siempre en paralelo a ella porque desconfiaba de hacerlo aguas adentro. Luego se quedó quieta cinco o diez minutos, observando cómo el sol surgía del horizonte con su esplendor natural. El tiempo dejó de existir.

Sintió envidia de Isaac Estruch.

Había encontrado la paz, el paraíso, la excusa perfecta para la huida perfecta en el momento perfecto.

O quizás fuese tan sólo el reencuentro con la vida que se pierde mientras creemos estarla viviendo.

Uno escribe poesía por necesidad.

¿Qué necesidad sentiría él allí?

¿Qué era la necesidad?

¿La resistencia de la vida frente a lo inevitable de la muerte?

No quería llenarse la cabeza con reflexiones, ni con pensamientos complejos o eruditos. No en un lugar como aquél, mientras tomaba el baño más delicioso de su existencia. Lo único que quería era dejarse llevar, cerrar los ojos y pasar a formar parte de aquel marco único. Un mundo entero la esperaba por delante, pero no en ese instante.

Quiso retenerlo todo.

Para siempre.

Fotografiarlo en su mente y así poder recuperarlo cuando quisiera.

Un imposible.

Un pez volador saltó por encima del agua a menos de dos metros de ella. Estaba quieta, así que por entre sus piernas veía el enjambre de peces de todos los tamaños y colores que la envolvían. La temperatura del agua era tal que se habría quedado todo el día sumergida, sólo con la cabeza emergiendo por encima de su superficie. El silencio era también impresionante.

¿Qué debía hacer cada mañana Isaac Estruch allí?

¿Lo mismo que hacía ahora ella, darse un baño a primera hora?

¿Pescar?

¿Y si le mintió y tenía cientos de poesías escritas y guardadas, sin ánimo de querer publicarlas?

Pero ¿por qué iba a mentirle?

No tenía ninguna necesidad.

Miró en dirección a la casa, visible pese a las palmeras y los árboles, como la había visto el día anterior al pasar delante con la barca en su aproximación a la isla. Por alguna extraña razón, no obstante toda aquella calma, sintió un nuevo peso en su alma, inesperado porque la atacó a traición. La noche había sido finalmente distinta, dominada por aquel largo diálogo con su maestro. Pero ahora volvía a ser una intrusa.

Era otro día.

Isaac Estruch no tenía por qué encontrarla allí al despertar.

Se hundió lentamente en el agua, barbilla, nariz, ojos, frente, cabello.

Dejó de respirar.

Aguantó lo que pudo, flotando ingrátida en aquel mundo silencioso.

Luego volvió a la superficie y caminó de regreso a la orilla.

Se sentía hermosa, radiante y plena.

Aunque triste.

No quiso ponerse la ropa estando mojada y se sentó para secarse un poco. Sus últimos minutos de paz. Sin apenas darse cuenta, por inercia, su dedo índice realizó tres trazos en la arena.

Su nombre.

ISA.

Se quedó mirándolo.

Y entre la S y la A añadió un cuarto trazo.

El resultado se le antojó simbólico.

ISLA.

CAPÍTULO 25

Haz la maleta.
No te lo lleves todo.
Déjate el alma.

Ya casi seca, se vistió en la playa sin importarle que fuese la misma ropa que había llevado en la mayor parte de la noche anterior y aquella recién nacida mañana. Sólo acababa de dormir con ella unas pocas horas y ni siquiera estaba sudada. Regresó a la casa. La cabaña destilaba apariencia de cuento de hadas, o tal vez eso formase parte de su imaginación, el anhelo de que fuera así. A fin de cuentas, la humilde construcción no se revestía de ningún halo mágico ni era especial, por mucho que en su interior viviese él.

Él.

Ya no era un mito. Era un ser humano.

Lo había convertido en carne.

Recogió los restos de la tienda de campaña evitando pincharse con las zarzas. Consiguió doblarlos e introducirlos en la funda protectora. Sus pasos por el interior de la casa fueron silenciosos. Ni siquiera alzaba los pies. Se deslizaba. No quería despertar a Isaac Estruch. No quería descubrir que, de nuevo, su carácter podía volver a ser desabrido y amargo. Quería llevarse el recuerdo de los pequeños detalles de la noche, los momentos de intimidad, aquel beso en la mejilla, el calor de los ojos víctimas de su rendición pausada.

Guardó la bolsa con la tienda de campaña en la mochila. La arrojaría a un

basurero en cuanto pudiera. Fue al cuarto de baño y descolgó su ropa. Ya estaba seca. También la guardó en su cáscara de caracol. Finalmente se llevó la hoja de papel con el poema. No quería que volviese a la basura. La dobló y la introdujo en su libreta.

Lo penúltimo fue dejar los restos de su cena en el fregadero y pasar un poco de agua por el plato y los vasos.

Le quedaba una última cosa por hacer.

Despedirse, a su modo, del poeta.

Isa se mordió el labio inferior.

Salió por segunda vez al exterior, aún descalza, y rodeó la casa vigilando dónde ponía los pies. Cuando llegó a las ventanas que daban a la habitación de Isaac Estruch actuó con mayor prudencia. No quería que la sorprendiese espiando. Por eso movió la cabeza despacio, milímetro a milímetro, hasta conseguir atisbar en el interior.

El hombre dormía profundamente, boca abajo, encima de la cama, atravesado en diagonal sobre ella. La cabeza era lo que quedaba más cerca de la ventana, así que Isa pudo ver sus rasgos, la boca abierta, la humedad en la comisura de los labios, el cabello revuelto, la expresión de estupidez de cualquier ser humano dormido. Su aspecto era el de un enorme tronco caído o, mejor, abatido. Quizás fuese un viejo de sesenta y siete años sin parecerlo. Quizás fuese un joven de sesenta y siete años sin parecerlo. En la retina de sus ojos juveniles lo único que se dibujó fue la imagen de un ser humano especial por lo que representaba para sí misma. Un agujero negro capaz de absorber toda la energía de su entorno.

Lo contempló unos instantes.

—Gracias —le dijo.

Y luego agregó:

—Suerte.

Se apartó de la ventana y una vez más llegó a la casa. Tomó la mochila, las zapatillas para ponérselas en el exterior, y pasó una mirada final por aquel entorno. Llevaba una pequeña cámara digital, y ni tan siquiera pensó en pedirle una fotografía con ella. La habría lanzado a la tormenta.

Fue entonces, justo cuando iba a marcharse, cuando sintió la punzada.

El grito.

¿Cómo decirle adiós?

¿Cómo tratar de demostrarle...?

Las palabras de Isaac Estruch retumbaron en su cabeza como uno de los truenos de la noche:

«Serás poeta cuando consigas meter un mundo entero en dos o tres líneas».

Dos o tres líneas.

Isa miró sus pies descalzos, sus manos desnudas. Y miró su corazón.

Dos o tres líneas.

Primero fue el fuego, el arrebató, la sublimación de su rabia contenida. Después llegó el impulso. Y con él, la determinación, la explosión de las palabras en su mente.

Dos o tres líneas.

Se detuvo en la puerta, se arrodilló y se sacó la mochila de la espalda, la abrió y extrajo su libreta y el bolígrafo. Escogió una página en blanco. Temblaba, pero consiguió que su mano dejase de hacerlo cuando empuñó la herramienta de su furia. Con ella escribió una, dos, tres líneas.

Un haiku.

Ni siquiera contó las sílabas. Sabía que el primer verso tenía cinco, siete el segundo y cinco el tercero. Lo sabía sin necesidad de comprobarlo.

La luz brillaba en ella.

Tampoco lo leyó. La explosión diseminaba esquirlas de energía por los recovecos de su cabeza. Arrancó la página, la sujetó con los labios y guardó la libreta y el bolígrafo en la mochila. Se incorporó y se coló dentro por última vez. Llegó hasta la mesa y colocó en ella la nueva hoja de papel, debajo del soporte con los restos de la vela, para que no volara con una corriente de aire.

Ahora sí.

Punto final.

Antes de cerrar la puerta, con la mochila a la espalda y las zapatillas en una mano, Isa sonrió, y su mirada llegó hasta la forma del hombre dormido en la habitación.

—Cuídese —le deseó.

CAPÍTULO 26

He visto el mundo,
ahora vuelvo a casa.
¿Cuándo habrá otro?

El camino hasta el pueblo fue plácido, paso a paso, libre.

Flotaba en mitad de una dulce paz.

Aquel silencio, aquel cielo, aquel sol, aquel mar, aquel baño desnuda...

Nunca se había bañado desnuda en ninguna parte.

Consideró el cúmulo de sus sentimientos y la rara armonía de sus sensaciones, porque se sentía feliz pero también rendida, alegre pero también triste, fuerte pero abatida, segura aunque extraña...

Todo a la vez.

Llegó a las construcciones periféricas sin apenas ser consciente de haber caminado mucho o poco. La primera en verla fue una mujer, que la saludó con una sonrisa.

—¿Cómo amaneció?

—Bien, gracias.

Después fue un hombre. Cargaba un montón de hojas de palma.

—¿Cómo le fue?

—Bien. Buenos días.

Llegó al embarcadero y se encontró con la misma imagen de su amanecer: un mar en calma, tan quieto que parecía sólido. Ni una ola, ni una brizna de aire, ni una nube en el cielo. Un día para soñar.

Para abrazarse a él y olvidar.

Se acercó a dos hombres que remendaban una red con aspecto de no hallarse revestidos de la menor prisa en su cometido, como si los peces les esperasen el tiempo que hiciera falta. Los dos la saludaron también al verla, risueños, igual que si por allí fuese habitual el paso de los turistas.

—¿Sabe si alguien ha de ir a Cartagena de Indias? —les preguntó.

Uno movió la cabeza de arriba abajo sin dejar de sonreír.

El otro fue más preciso.

—Felipe —dijo—. Él sí iba hoy a tierra.

—¿Cuándo?

—Dentro de un ratico. Pregúntele.

—¿Dónde lo encuentro?

—Allá —se lo señaló.

Era una cabaña hecha de madera con el techo de palmas. Parecía increíble que, con la de agua caída la noche anterior, las casas no se hubieran inundado. Caminó hasta la entrada y metió la cabeza por el hueco de la cortina que hacía de puerta.

Una mujer sentada en una silla amamantaba a un niño recién nacido.

—Perdone...

—No se preocupe —la tranquilizó—. Cuando come no lo despierta ni la sirena de un barco.

—Busco a Felipe.

—¿Quiere que la lleve a Cartagena?

—Sí, por favor.

—Vaya al embarcadero. Le diré que la vea en cuanto vuelva. No tarda, no se preocupe.

La obedeció. Caminó de nuevo hasta la zona de las tablas de madera y los pilares y se sentó en ellas, con los pies colgando a un palmo del agua. Le apetecía otro

baño, pero ya no era cosa de tomarlo allí en medio, aunque llevaba bañador. De todas formas, Felipe apareció a los cinco minutos, como acababa de decirle su esposa.

La arrancó de su abstracción.

—¿Señorita?

Isa movió la cabeza. Felipe era un hombre de mediana edad, frisando los cuarenta, con abundante cabello y cuerpo delgado, pura fibra. Vestía un pantalón vaquero viejo y gastado, cortado a ras de rodillas. Nada más. Sus manos eran grandes, igual que sus orejas, muy abiertas.

—Me han dicho que va a Cartagena de Indias dentro de un rato.

—Media horica, sí.

—¿Puede llevarme? —lo tranquilizó de inmediato—. Le pagaré, claro.

El hombre hizo un rápido cálculo.

—¿Treinta mil pesitos?

Alrededor de diez euros.

—Bien, sí.

Se dio cuenta de que la miraba con algo más que curiosidad.

—¿Ha ido a ver al hombre? —le preguntó de pronto.

—Sí.

Felipe asintió con la cabeza. Su sonrisa de dientes irregulares se acentuó.

—¿Sabe quién es? —preguntó ella.

—Un español.

—¿Algo más?

—Un hombre sabio. Y bueno —fue su lacónica explicación—. Un amigo.

—¿Le quieren mucho?

—Sí.

—¿Siempre ha estado solo?

Esta vez no hubo respuesta. Quizás fuesen demasiadas preguntas. Quizás hubiese tropezado con un código no escrito. Quizás la propia leyenda envolviendo a la figura de Isaac Estruch.

Felipe ladeó la cabeza, con un gesto que podía significar cualquier cosa, y concluyó la breve charla.

—¿Me espera aquí?

—De acuerdo.

Volvió a quedarse sola.

«Media horica.»

Continuó mirando el mar, embebiéndose de la soledad de la isla, pensando en aquellas casas solitarias construidas encima de cuatro rocas que había visto en el viaje de ida, jalonando aquí y allá las fronteras del mar. Y poco a poco, inevitablemente, sus pensamientos derivaron hacia sí misma, hacia el hombre al que había ido a ver, hacia la noche pasada y aquella larga conversación vivida.

Intentó recordar cada palabra, cada momento, y tropezó con una inesperada nebulosa albergada en su mente.

¿Cómo lo recordaría dentro de diez, veinte o treinta años?

¿Como un sueño?

¿Distorsionado, engrandecido, sometido a la implacable ley de la mitificación propia?

Aquella paz...

Cerró los ojos y se dejó arrastrar por ella.

Las palmeras la protegían del sol, aunque todavía era muy temprano como para acusar la intensidad de sus rayos. Pareció que sí, que el tiempo podría detenerse. Así que se llenó de eternidad.

Daría otra vuelta por Cartagena de Indias. Disfrutaría del viaje. Arrancada la espina, ya no le quedaba nada salvo su condición de turista, mochilera de a pie. Necesitaba llenar sus diecinueve años.

Ya no era un vaso sin fondo.

Percibió la presencia a su espalda. Primero pensó en otro pescador, después en Felipe dispuesto a emprender el viaje, y finalmente se imaginó que se trataba de un niño o niña, contemplándola con la eterna curiosidad propia de su edad.

Pero antes de abrir los ojos y volver la cabeza ya sabía que era él.

CAPÍTULO 27

Hoy amanezco
con la primera arruga
de este mañana.

Primero convergieron sus miradas.

Después sus voces.

–Hola.

–Hola.

Isa fue a levantarse. No le dio tiempo. Fue Isaac Estruch el que se sentó a su lado, con los pies colgando, en su caso prácticamente a ras de agua.

–Te has ido sin despedirte.

–Estaba dormido.

–¿Y qué?

–No quería molestarle más. Lo he visto por la ventana, caído como un tronco.

–No suelo trasnochar.

–Lo siento.

–Una vez al año no hace daño.

Le creyó. Todo en él era verdad, así que aquélla era una de tantas. Se daba cuenta de que su conversación nocturna, al completo, estaba basada en la verdad.

Un hombre que no necesitaba enmascarar nada.

Se arroparon en un tímido silencio.

Incluso había algo de sensualidad en ello.

—¿Cuándo...? —lo quebró el poeta.

—Dentro de un ratito. Me lleva un tal Felipe.

—Un buen tipo.

—Todos lo parecen.

—La mayoría lo son, el noventa y nueve por ciento, pero no olvides que este país se ha desangrado durante décadas. Y que sigue desangrándose. Cuanto mejor es la gente, peores son los que matan por drogas o ideas trasnochadas.

—Usted era un revolucionario.

—Creo en la revolución, permanente, pero no en la locura humana.

No supo qué decirle y les sobrevino un segundo silencio, tan breve o casi como el anterior, tan cargado de fuerza como él, tan intenso que los dos sintieron una descarga eléctrica al rozarse sus brazos.

Isa le miró de reojo.

Allí estaba Isaac Estruch, sereno, noble, recio, ojos al frente, talante adusto pero no irascible. Nada que ver con el hombre con que se encontró el día anterior al llegar a la isla.

Y aquél era el auténtico, estaba segura.

—Lamento haber irrumpido así en su vida —se quitó un peso de encima al decírselo.

—No importa.

—No tenía derecho...

—Bueno —se encogió de hombros—, después de veinte años sin que nadie me dijera nada del estilo de lo que tú me dijiste... No está mal.

—¿En serio?

—Sí, en serio —suspiró a regañadientes—. Y deja ya de llamarme de usted, ¿no te parece?

—¡A estas alturas!

–Vale más tarde que nunca.

–¿Por qué ahora?

–Porque anoche prefería la distancia. Por eso. El tratamiento nos colocaba a cada uno en su sitio.

–Un poco trasnochado, ¿no?

–Es lo que hay. Lo tomas o lo dejas.

–Vale.

–A ver, prueba.

–¿Que pruebe qué?

–Dime algo tuteándome.

–¿Cómo estás?

–Bien.

Parecía otro. Más irónico.

Tercer silencio.

Y éste largo, como una carga de profundidad dispuesta a estallar con el roce de una quilla surcando las aguas por encima de él.

La vida en el pueblecito ya se hallaba en plena efervescencia.

–Me ha gustado tenerte aquí.

Isa lo miró de lleno.

–Yo...

–No ha estado mal –asintió él.

–¿No querrás que me quede?

–¡No!

–Bueno, tampoco hace falta ser tan rotundo.

–Ha estado bien por una noche, eso es lo que quiero decir. De vez en cuando un revulsivo viene bien.

–Así que eso es lo que he sido: un revulsivo.

–Deberías sentirte satisfecha.

–Si lo estoy, pero dicho así...

Isaac Estruch se enfrentó a su mirada, que seguía fija en él.

—¿Te quedarías? —frunció el ceño.

La batalla ocular fue silenciosa.

—Supongo que no —suspiró.

—¿Sólo lo supones?

—No.

—Bien.

—Pero esta noche ha sido...

—Una noche más —la detuvo—. Has conocido a un tipo solitario. Tu mito se ha hecho carne y el hombre, el ser humano, con todas sus limitaciones, ha cobrado forma. No le des más vueltas. Cuanto antes aceptes eso, antes continuarás con tu vida. No lo magnifiques. No lo conviertas en una leyenda viva de tu ser. Espero haberte dado o enseñado algo.

—Lo has hecho, pero me gustaría...

—No lo digas —levantó la mano más próxima a ella.

—Vale.

—Si quieres ser poeta, escribe, nada más. Escribe sin parar, vacíate, rómpete, vive, siente, pero sobre todo mira al mundo cara a cara, explórate a ti misma, sumérgete hasta las orejas en todo. Arráncate la vida con cada verso.

—¿Puedo ser poeta?

—Eres poeta.

—No entiendo...

Isaac Estruch la cubrió con una sonrisa de ternura.

Paternal y abierta.

—He venido a decirte que ese haiku es muy bueno, y que ahora sí has conseguido encerrar un mundo en tres líneas.

CAPÍTULO 28

Acaríciame.
Toca todo mi cuerpo.
Rompe tus dedos.

Isa se quedó sin aliento.

Apenas pudo evitar llorar.

Se contuvo porque desde ese mismo instante supo que ya no era una niña.

—¿De... verdad?

—¿Tengo aspecto de ser un tipo que regale halagos sin más ni más?

—No —le hizo soltar un bufido.

—Pues eso.

—Ya, pero...

—¿Quieres que te engorde el ego, que acaricie tus oídos con más lisonjas? Es muy bueno y punto. El resto son chorradas. No pienso soltarte una disertación ni hacer una clase o darte una lección magistral. No es lo mío. Ves un cuadro y sabes si te gusta o no. Lees un poema y sabes si te hace sentir algo o no. No hay más.

Estaba roja, congestionada. Y al mismo tiempo la falta de aire la hacía liviana, etérea. Flotaba igual que un globo.

—Isa, no depende de mí, de mi aprobación o mi gusto. Siempre va a depender de

ti y de nadie más.

—Lo sé.

—Simplemente no lo olvides. A veces una palmada en la espalda en lugar de animarte o mostrarte apoyo lo que hace es destruirte. La palmada se convierte en un empujón que te derriba o te acelera. ¿No has pensado que muchos de los grandes artistas lo fueron «a pesar de», no «gracias a»?

—¿Mejor la dificultad que lo fácil?

—No. Mejor la lucha que la comodidad, la autocomplacencia o la soberbia. Y, mejor aún, más que la falsa indulgencia, la inseguridad o el miedo. Lo que te espera es una vida muy intensa, en todos los órdenes. Una vida plena aunque dura y no siempre comprendida.

—No la malgastaré.

Isaac Estruch emitió un resoplido de sarcasmo. Isa lo entendió.

—No quería decir...

—¿Sigues pensando que he malgastado la mía?

Ella bajó los ojos.

—No.

—Mientes.

—Esta mañana me he dado un baño desnuda en el mar. Ha sido... increíble. Toda esa paz, ese silencio. He empezado a comprenderte, incluso puede que a envidiarte.

—El paraíso está en los ojos del que lo mira, no en el corazón del que lo siente. O al menos no siempre. Y esto es duro. No vayas a creer lo contrario —señaló las humildes casas de los habitantes de la isla—. Su paraíso puede que esté muy lejos de aquí. Sin embargo, a mí me gusta, es mi hogar. No es mi paraíso, es mi forma de vivir.

—Pero si no querías escribir más, ni seguir allí... Lo entiendo. Esto es muy especial. Por eso decía que he empezado a comprenderte.

—Cuando me fui no sabía si sería para siempre.

—¿Ah, no?

—En absoluto —movió la cabeza de lado a lado—. Los años han pasado sin darme cuenta. Y, de pronto, tu presencia aquí... —su nuevo gesto fue de incomodidad—.

Quizás sea cierto que me haya perdido algo.

La sobrecogió una punzada de calor.

–Puedes regresar.

–No.

–¿Por qué?

–Es tarde.

–¡Nunca es tarde!

–Entonces es que ya no quiero. Ahora no.

–¿Y cuál es tu coartada, estar loco?

–Lo estoy, y me parece bien.

–¿Así, tan alegre y frívolamente?

–La locura es algo muy serio, amiga mía.

–Además de tutearte, ¿puedo arañarte?

–No.

Isa llenó los pulmones de aire.

–Tres libros. Un legado –suspiró.

–Siempre estarán ahí.

El día anterior había iniciado el recitado de un poema que él no le dejó terminar. La cortó con el tercer verso. Ahora comenzó a liberarlo de nuevo, y no encontró resistencia alguna por su parte.

Las palabras fluyeron con cadenciosa lentitud, dando el énfasis necesario a cada verso.

Puede que el viento te hablara de mi soledad.

Puede que me vieras pasar, hambriento de compañías,
atrapado y vencido por los miedos de lo cotidiano.

Te acercaste a mí oliendo a rosas y hechizos.

Me deslumbró tu presencia de auroras y sueños.

Me capturaste con ojos iluminados de futuros.

Tus manos tenían silencios prisioneros del tiempo.
Al envolverme con tu manto me sentí feliz.
Sabía que existías y que tenías que venir.
Al pedir que fueras mía por los siglos de los siglos,
sonreíste y tu vibrar me dio la respuesta.
Supe que nunca volvería a estar solo.
Mi larga espera tenía al fin tu deseado premio.
Me uní a ti como se unen la tierra y el mar.
No supe que eras La Muerte hasta que nos acostamos.

–¿Por qué este poema? –preguntó él.

–Yo tampoco sabía que era la muerte hasta que me vi en aquel hospital.

La voz de Isaac Estruch se hizo crepuscular.

–Lo escribí el día en que murió la última persona relacionada con mi vida afectiva: mi madre.

–No lo sabía.

–Es extraño –meditó sus palabras como si las buscara en lo más profundo de su ser–, recuerdo cada poema, cuándo, cómo, dónde lo hice y por qué.

–¿Qué tiene de extraño eso?

–La poesía es un artificio. Un millón de pompas de jabón estallando en tu conciencia. Pero para mí son cicatrices en el alma.

–Me gusta.

–¿La frase?

–Sí.

–Alguien dijo una vez: «Los poetas crean castillos en el aire, los locos los habitan, los psiquiatras cobran el alquiler». Ésa sí es una buena frase.

Isa se echó a reír.

Con ganas.

Su felicidad acabó abruptamente, al ver aparecer por la bocana de piedras del

puertecito natural una barca impulsada por un motor fuera borda, semejante a la del día anterior, con Felipe al timón.

Hora de irse.

Punto final.

CAPÍTULO 29

Sonará triste,
el último latido,
al despedirnos.

La barca hizo la maniobra de aproximación. Iba cargada, con apenas espacio para su pasajera. Isa y su anfitrión en la isla se incorporaron y la esperaron sin decir nada, hasta que, de pronto, ella se volvió hacia él y lo abrazó.

Le besó la mejilla, pero de una forma distinta a como lo había hecho la noche anterior. Aquél fue el beso de su madre. Éste era el suyo.

Cuando notó que Isaac Estruch correspondía a su abrazo, estrechándola contra sí con fuerza, se deshizo igual que si todo su ser fuese de fina arenilla.

Permanecieron así unos largos segundos.

Ya no hubo más.

Ni lágrimas ni palabras.

Sólo sus sonrisas.

La barca quedó quieta junto al embarcadero y el poeta la ayudó a ubicarse en su interior, sosteniéndola con su mano. Isa se sacó la mochila y asentó su breve cuerpo en aquel espacio reducido. El pescador miró la imponente figura del hombre, que se alzaba igual que una estatua de carne proyectada hacia el cielo.

—Trátela bien, Felipe.

—Sí, maestro.

Isa frunció el ceño.

—¿Maestro?

—En Colombia llaman maestro a todos los artistas.

—Entonces adiós, maestro. Y gracias.

La barca se alejó despacio, primero impulsada por el remo de Felipe, después con el motor que comenzó a rugir y le hizo ganar velocidad. No mucha. La suficiente. Isa sabía que el viaje de regreso sería tan largo como el de la ida el día anterior. Hora y media, quizás más porque el bote de Felipe iba menos rápido. Pero serían casi dos horas distintas, esta vez con la cabeza llena de palabras, imágenes...

Sus ojos no se apartaron de los de Isaac Estruch.

Y, cuando dejaron de ser visibles, no los apartó de su imagen, quieta en el embarcadero de la isla.

Recordó la escena final de *El manantial*. Ella subía en ascensor y, en la cima del rascacielos, igual que un Dios, la esperaba él, Howard Roark. La misma escena sólo que al revés y con un trasfondo distinto. No eran una pareja dispuesta a comenzar, sino dos amigos separándose. Se alejaba, se alejaba y él se empequeñecía.

Dejó de verlo.

Pero continuó mirando la isla.

Hasta que también desapareció en el horizonte.

Entonces sí, Isa volvió a sonreír.

AGRADECIMIENTOS

Llega el adiós.
Cierra este libro y vete.
Ya se acabó.

Praga, 24 de abril de 2008. Cenando en la residencia del embajador de España en la República Checa, Isabel Ruiz de Elvira Serra me cuenta la historia de la relación entre la poetisa española Clara Janés y el poeta checo Vladimír Holan. Escuchando su relato, dominado por la pasión y el encanto, yo veo en mi mente esta novela, como si fuera una proyección ajena, una historia paralela.

Al día siguiente, jueves 25 de abril, paseo por la ciudad batida por la lluvia y el frío y, mientras piso las huellas de Kafka, mi ánimo transita por las riberas de la idea instalada en mi cerebro, que se ha apoderado de mí hasta el punto de hacerme su esclavo. Ese día desarrollo prácticamente toda la historia y, por la noche, en el café Viola, oyendo recitar a Clara Janés y escuchando de su propia voz emocionada el relato de lo narrado por Isabel veinticuatro horas antes, encuentro el final de mi propia novela y el título.

Viernes, 26 de abril de 2008. Inicio en Praga el guión de *La isla del poeta*, que concluiré en Nueva York el 7 de mayo de 2008, tras un breve paso de ida y vuelta a Madrid desde Barcelona el día 29 de abril.

Mi gratitud, pues, a Isabel, y a la propia Clara, almas generosas de la especie humana, y a todos los que han hecho posible esta novela, directa o indirectamente, como Rogelio Blanco, que me llevó a Praga y a su encuentro.

Todos los haikus de este libro pertenecen a mi poemario *Palabras de cristal*

(*Haikus desde Vallirana*), publicado por Hombre Nuevo Editores de Medellín, Colombia, en septiembre de 2007. Los poemas de los capítulos 6 y 10 fueron escritos en Nueva York el 10 y 11 de mayo de 2008. El fragmento del capítulo 7 y el poema completo del 28 se titula «Ella» y se incluyó en mi poemario *Poemas, canciones y (algunos) sentimientos*, publicado en 1981. Los dos poemas del capítulo 14 son del poemario inédito *Poemas de amor y desamor para el nuevo milenio*.

Cuando la muerte
alcance mi destino,
quiero estar vivo.

Jordi Sierra i Fabra
Barcelona, 24 de mayo de 2008

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: noviembre de 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 1992, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 1993, 2006, 2011

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-783-8

www.siruela.com

Índice

PRELUDIO	5
NOCHE	50
MAÑANA	104
Creditos	134